

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage saunier, número 4, en Paris.

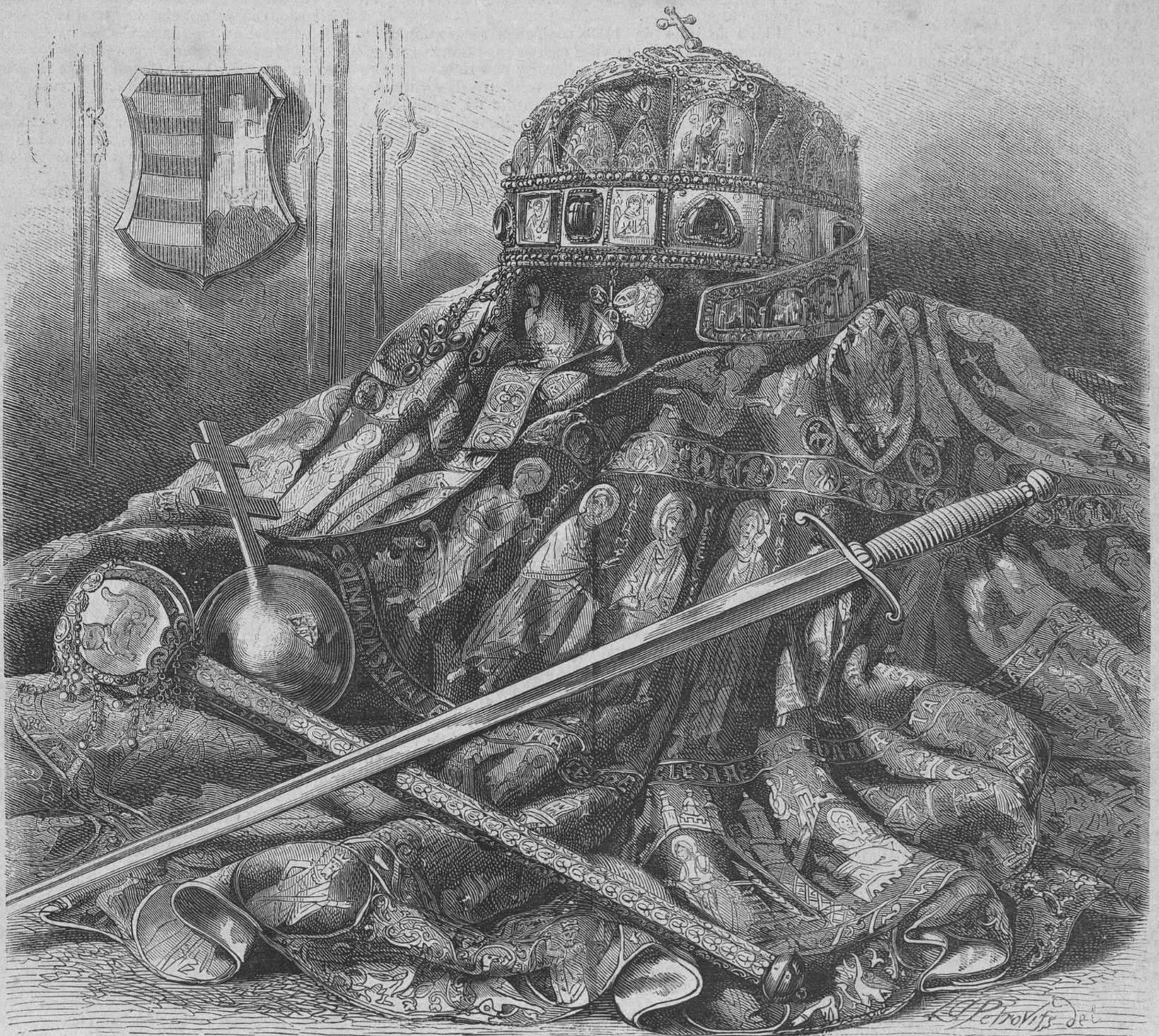
AÑO 26. — N° 749.

## SUMARIO.

Insignias de la majestad real de Hungría; grabado. — Los amores de un rey. — Tradiciones religiosas de España. —

Sucesos de Creta; grabado. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Revista de Paris. — Poesía: Locos deseos. — La hija del comerciante. — Bellas-Artes; grabados. — Revista de la moda. — Viaje al polo boreal. — El hombre antes de la

historia; grabados. — La Auvernia pintoresca; grabados. — Los dos penados. — Problemas de ajedrez; grabado. — Usos y costumbres: Una boda en la Baja Normandia; grabado.



Insignias de la majestad real de Hungría.

## Insignias

DE LA MAJESTAD REAL DE HUNGRÍA.

Viena 29 de abril.

El Austria no se ocupa en la actualidad mas que de la consagración del emperador como rey de Hungría, que debe tener lugar el 12 de mayo. Todo el imperio saluda con júbilo la llegada de esa gran fiesta religiosa y política, que va á poner un término á las antiguas divisiones que separaban al gobierno del reino de Hungría.

Las insignias de la soberanía de Hungría son objeto de una profunda veneración en todas las clases del pueblo húngaro. Hay que remontar al 15 de agosto del año 1000, para encontrar el origen de la corona que se considera como el *palladium* de la monarquía húngara. El papa Silvestre se la regaló al rey cristiano san Estéban de Hungría, que fué el legislador de esta soberanía, una de las mas antiguas de Europa.

La corona de hoy se compone de dos partes: la corona abierta y la corona cerrada. El color del oro y el trabajo son diferentes en cada una de ellas. La corona cerrada está hecha con oro de un color pálido, trabajada con menos arte, y guarnecida de inscripciones latinas y de figuras de los santos apóstoles.

La corona abierta es de un oro mas oscuro y de un trabajo bizantino mas delicado. Delante ofrece la imagen del Salvador, y en medio las de los santos Cosme, Jorge, Demetrio y Domiano, que fueron muy honrados en Constantinopla.

Por las numerosas y sábias investigaciones que se han hecho sobre este tesoro de la Hungría, está probado hoy que la corona cerrada es el regalo del papa Silvestre II á san Estéban, y que la corona abierta es de origen bizantino. Esta última fué probablemente enviada de Constantinopla á algun rey de Hungría, como por ejemplo, á Geyka I.

En cuanto á saber quién ha reunido las dos coronas en una sola, y en qué tiempo se hizo, hasta ahora ha sido imposible esclarecer este punto histórico. La tela de la parte superior es de tela color de violeta. La piedra mayor del centro es de un azul oscuro, y las otras son verdes. La cruz es movable y se inclina hácia un lado. El remate es de oro. Los blasones que la cubren son azul y blanco. El cetro es de oro, y el monstruo bizantino esculpido en él es de nácar. El manto es de un azul neutro bordado de oro. La espada es de hierro y sin incrustaciones.

La corona tiene 53 zafiros, 50 rubíes y gran *smaragd*, y 338 perlas.

Tendremos al corriente á nuestros lectores de la importante ceremonia de la consagración.

P.

## Los amores de un rey.

El rey Don Enrique IV habia jurado solemnemente las libertades de Vizcaya so el árbol de Guernica el 10 de marzo de 1457, y sin embargo, en 1470 trató de enajenar y segregar de la corona algunas villas y pueblos de este señorío, lo cual era una infracción evidente de los Fueros que habia jurado guardar y hacer guardar. Con esta noticia los vizcainos se inquietaron vivísimamente y elevaron enérgicas, aunque respetuosas protestas á su señor, que en vista de ellas, desistió de las enajenaciones y expidió una real cédula tranquilizándolos con promesas y palabras amorosas, tales como las de que el señorío de Vizcaya era uno de sus títulos reales y una de las provincias mas nobles de la monarquía, y tanto por la lealtad y esfuerzo de sus moradores como por estar situado en la costa de los mares y en la frontera de reinos extraños, habia sido y era honor de la corona.

Desvaneciése por entonces el recelo de los vizcainos, pero tres años despues la duda se convirtió en evidencia, pues supieron que se habian hecho diferentes donaciones y enajenaciones de villas y de gran parte del señorío, cuya perdición era segura si aquellas enajenaciones no se anulaban porque con ellas perderia su inata libertad. Congregáronse en junta general so el árbol de Guernica y en vista de que su señor habia infringido los fueros jurados por él, en aquel mismo sitio, determinaron ofrecer el señorío de la tierra á Doña Isabel, que estaba recibida y jurada princesa de Asturias y heredera del trono de Castilla. Al efecto enviaron comisionados á Aranda de Duero, donde se hallaba la princesa, y esta aceptó el señorío prometiendo venir á jurar los fueros en Guernica.

Enterado de este hecho el rey Don Enrique, hizo á los vizcainos grandes ofertas de mayores libertades por medio del Maestre de Santiago y el condestable de Castilla, y últimamente por el rey de Francia, á quien acudió al efecto Don Enrique; pero los vizcainos se mantuvieron firmes en su resolución, y contestaron siempre que habiendo prestado obediencia á la princesa Doña Isabel, antes que faltar á ella perecerian todos y desampararian la tierra que les era tan amada.

A consecuencia de esto, los ejércitos reales, acaudillados por el condestable de Castilla y el conde de Haro, su hijo, penetraron en Vizcaya; pero los vizcainos resistieron valerosamente, derrotando en mas de una ocasion á los invasores, por lo cual solia cantar el pueblo:

Esta es Vizcaya,  
Buen conde de Haro,  
Esta es Vizcaya,  
Que no Belorado.

En 1474 murió el rey Don Enrique IV, y con este motivo fueron recibidos y jurados por reyes de Castilla y Leon, los príncipes Don Fernando y Doña Isabel, y dos años despues, á pesar de la guerra con los moros y de otras gravísimas urgencias que se ofrecian á los reyes para la defensa de los reinos, Don Fernando determinó venir personalmente á jurar los fueros y libertades de Vizcaya.

A fines del mes de julio del citado año de 1476, estaba alborozado el señorío con las nuevas de que su señor, el rey Don Fernando, venia á jurar sus libertades. Es ley foral que si el señor fuese menor de catorce años, confirme y jure por sí ó sus administradores los fueros, buenos usos y costumbres de este señorío en el lugar donde tuviere su córte, y despues que llegue á la mayor edad, venga á Vizcaya y ratifique los mismos juramentos. Primero se verifica esto en los puertos de la villa de Bilbao en mano del regimiento de esta villa, y luego en la iglesia de San Emeterio y San Celedonio de Larrabezúa, ante clérigo sacerdote que tenga el cuerpo de Dios consagrado en las manos. Hecho aquí el juramento, se ha de dirigir á Guernica y en el pináculo de Arechabalaga le han de recibir los vizcainos, besándole la mano como á su rey y señor, y le han de acompañar hasta el árbol de Guernica, donde desde tiempo inmemorial se celebran las juntas generales del señorío. Allí ha de prestar el juramento en la iglesia de Santa María la Antigua que está junto al roble foral, puesta corporalmente la mano sobre los Evangelios, recibiendo luego la obediencia sentado en una piedra que está so el árbol; y finalmente ha de pasar á la iglesia de Santa Eufemia de Bermeo, y allí, estando el sacerdote revestido y teniendo en las manos el cuerpo de Dios consagrado, el señor ha de poner la suya en el altar y repetir el juramento que hizo en Bilbao, en Larrabezúa y en Guernica.

El 29 de julio de 1476 repicaban alegremente las campanas de Bilbao, la villa estaba engalanada con arcos y guirnaldas de ramas y flores y con ricos y vistosos paños. Infinitas aclamaciones atronaban valles y montañas, desde la villa hasta la península de Echevarri, y muchos millones de gentes, venidas hasta de las merindades de Castilla, poblaban el hermoso valle del Ibaizábal. Era que el rey Don Fernando se acercaba á la villa cuyo regimiento le esperaba á las puertas de la misma, para exigirle el juramento foral y besarle la mano.

El rey llegó á la plaza, adonde daba el portal de Artecalle, que era uno de los que principalmente daban entrada á la villa. Callaron aclamaciones y campanas, é invitado el rey por los nobles regidores á prestar el juramento, manifestó que estaba dispuesto á ello. Ignoramos á punto fijo cuál era la fórmula del juramento que la villa de Bilbao exigia al señor, pero un privilegio antiguo que conserva la de Bermeo, nos da una enérgica idea de este juramento:

«Cualquier home del mundo (dice el privilegio bermeano) que estos fueros vos quiera menguar ó quebrantar, haya la ira de aquel Señor que fizo el cielo é la tierra é murió en Cruz por nos salvar, é de Santa María su madre é de los otros santos é santas, é sea vedado é excomulgado de Dios, é cuando finase, los diablos le lieven el alma é méntanla con Judas el traidor en el infierno é yagahy por los siglos de los siglos.»

Cuando el rey hubo prestado el juramento, tornaron mas ardientes que nunca las aclamaciones del pueblo y los repiques de las campanas, y penetrando Don Fernando en la villa, fué conducido por el regimiento á la torre de Echevarria, que estaba junto al mismo portal y donde la villa le habia dispuesto digno hospedaje.

¡Cuán diferentes eran los sentimientos que en el corazon del pueblo vizcaino despertaba el rey, por excelencia católico, de los que poco mas de un siglo antes habia despertado el rey llamado por excelencia el Cruel, al hospedarse en aquella misma torre! Porque es de saber que la torre de Echevarria, único monumento histórico que conservaba la rica y noble villa de Bilbao, y derribada en nuestros dias, no por el tiempo que todo lo destruye, sino por la codicia que todo lo profana y empequeñece, habia sido teatro de sangrientas tragedias, tales como la del infante de Aragon á quien, en presencia del rey Don Pedro y por orden de este sanginario monarca, destrozaron allí el cráneo con sus mazas los verdugos reales, Juan Diente y Gonzalo Recio, arrojando luego por una ventana á la plaza su ensangrentado cadáver.

Junto al portal de la Carnicería Vieja, que como el de Artecalle daba á la plaza, y en el solar donde dos siglos despues construyó Diego de Echevarria una casa que ha llegado hasta nuestros tiempos, existia entonces la torre solariega de Larrea. Esta noble familia estaba á la sazón representada solo por una hermosa doncella llamada doña Toda, que vivia en la casa paterna y que habia quedado huérfana de padre y madre hacia algun tiempo.

Como el rey Don Fernando debia continuar al dia siguiente de madrugada su viaje á Larrabezúa, Guernica y Bermeo, Bilbao queria aprovechar aquella tarde para festejarle. Entre las fiestas que con este objeto se idearon, contóse un baile que se dió en la plaza y que el rey presenció desde aquella funesta ventana por donde el señor don Tello habia hecho arrojar el cadáver de Juan de Avendaño, y Don Pedro el del infante de Aragon.

Hasta nuestros tiempos ha llegado en esta tierra la costumbre de mezclarse con las gentes mas humildes las damas y caballeros mas principales en los bailes, que, al son del tamboril, se celebran en las plazas de los pueblos y en los campos que rodean los santuarios.

Doña Toda de Larrea fué una de las muchas y hermosas damas que bailaron en la plaza de Bibao en presencia del rey Don Fernando, en la tarde del 29 de julio de 1476. Su gracia, su hermosura y su modestia llamaron singularmente la atención del rey, tanto que este pidió noticias del nombre y la familia de aquella hermosísima doncella.

El dia siguiente continuó el rey su viaje á Guernica, en cuya iglesia juradera prestó con gran solemnidad, en su nombre y el de la reina, el juramento que esta habia prometido tres años antes en Aranda de Duero, por medio de instrumento público, al aceptar el señorío que le ofrecian los vizcainos. Y por cierto que la memoria de este juramento foral se conserva en un cuadro que merece describirse. El cuadro de *la Jura*, con cuyo nombre se conoce el de la de Don Fernando el Católico, se halla sobre la puerta del salon de Juntas de Guernica, entre la série de los retratos de los señores de Vizcaya, y debió pintarse muy poco despues de ocurrir el suceso que representa. El rey Don Fernando aparece sentado en la «silla de piedra» bajo el árbol, recibiendo la obediencia de los vizcainos, y le rodea muchedumbre de damas y caballeros así del pais como de Castilla, y tambien gente del pueblo. Es notabilísimo este cuadro por los trajes que son singularísimos, particularmente los de las damas.

Prestado por el rey Católico el juramento en los puntos designados por el fuero, volvió á Bilbao y permaneció aquí algunos dias. ¿Cuál era la causa de esta vuelta y esta permanencia? El pueblo, de suyo murmurador, decia que esta causa no eran los negocios de Estado sino la hermosura de doña Toda de Larrea.

Por el mes de setiembre de 1483, tornó á alborozarse Vizcaya con la noticia de que sus señores, los reyes Don Fernando y Doña Isabel, tornaban á ella con objeto de prestar juramento la reina, como le habia prestado su marido. Y en efecto, Doña Isabel le prestó no solo en Bilbao, Larrabezúa, Guernica y Bermeo, sino tambien en Durango y Portugalete, vistiendo en estos actos y durante su viaje por Vizcaya el traje especial de las damas y aun labradoras vizcainas, lo cual excitó en sumo grado la gratitud y el amor de las gentes de estas montañas.

Era aquella gran reina prudentísima, así en la vida privada como en la pública; pero amaba entrañablemente á su marido, y esta circunstancia, unida á la de ser el rey Don Fernando excesivamente apasionado al bello sexo, despertaba con frecuencia los celos en su alma.

Durante su estancia en Bilbao debieron mortificarla tristes sospechas, al ver mas de una vez á su marido dirigir la palabra con excesiva benevolencia á una hermosa dama, que llevando de la mano una preciosa niña como de seis años, aparecia con frecuencia al paso de los reyes; pero ocultó en el fondo de su corazon estas sospechas, y solo debió confiarlas á una de las damas de su servidumbre que al tornar los reyes á Castilla, quedó en Bilbao, de donde era natural, como retirada ya definitivamente del servicio de su señora.

Las fiestas de calle que aun se conservan en Bilbao han perdido ya gran parte de su antigua fisonomía. Cada calle está colocada por el vecindario bajo la protección de un santo cuya efigie ocupa un nicho abierto en la fachada de una casa, y el dia en que la iglesia celebra la festividad de este santo, la imagen se adorna con guirnaldas y ramos de flores, y se la ilumina profusamente, los balcones y ventanas se adornan, cubren la calle infinitas banderas y festones, y el pueblo baila y se regocija durante todo el dia y las primeras horas de la noche al son del tamboril y del silbo que alegran sin cesar la calle con sus armonías. Hoy solo bailan en estas fiestas las gentes pobres que hemos convenido en llamar gentes del pueblo; pero hasta principios de este siglo tomaban parte en estos bailes callejeros, como aun le toman en los de las romerías, las damas y caballeros principales de la calle.

Hácia el año de 1484, se celebraba en Bilbao una hermosa fiesta de calle, y entre las damas que bailaban y cantaban en esta fiesta con mas ardor y delirio, contábase la hermosa doña Toda de Larrea.

Sabido es cuánto turba el entendimiento y particularmente el de las mujeres, por lo mismo que el alma de estas se deja dominar de las pasiones mas fácilmente que la del hombre, el demonio de la vanidad. Así se comprenderá fácilmente el vituperable sentimiento que movió á doña Toda de Larrea á cantar públicamente esta imprudente copla:

Por mi gran ventura,  
Háme un gran señor;  
Rey es de Castilla  
Y éslo de Aragon.

Este cantar corrió muy pronto por la villa, y no hubo quien no vituperase el criminal alarde que doña Toda hacia de su fragilidad hasta entonces, ya que no aprobada, compadecida de todos.

Algunas semanas despues llegaron á Bilbao unos caballeros de la corte que decian venir á embarcarse para Flandes. Apenas llegaron, fueron á visitar á doña Toda de Larrea á quien dijeron que tenian aquel encargo del rey, en cuyo nombre le traian ricas joyas que recibirian aquella noche con los equipajes que venian retrasados y le entregarían á la madrugada siguiente en que les era indispensable embarcarse, y volverian á despedirse de ella.

Doña Toda, llena de gozo y orgullo, dióles licencia para volver á visitarla la mañana siguiente por muy temprano que fuese.

En efecto, al amanecer del dia siguiente llamaron los caballeros á las puertas de la torre de Larrea, y se les facilitó inmediatamente la entrada de orden de doña Toda, que ya se habia levantado impaciente por recibir aquella visita.

A la puerta de la torre dejaron varias acémilas.

Los caballeros se apoderaron de doña Toda y de la niña, tapando la boca y amenazando á la primera para que no gritase, y haciéndolas cabalgar en las acémilas, desaparecieron con ellas de la villa sin que nadie notase este singular raptó.

Como es de suponer, aquellos caballeros eran enviados por la reina, que habia querido sustraer de la vista del mundo á doña Toda y su hija para evitar escándalos, ocultar el desliz de su esposo, y acaso, á pesar de su generosidad y grandeza de alma, para vengarse, como mujer, de una rival, porque repetimos que la gran Isabel la Católica no estaba exenta de la pasion de los celos. « Amaba (dice Lucio Marineo, capellan del rey Don Fernando), amaba en tanta manera al rey su marido, que andaba sobre aviso á ver si él amaba á otras. » ¿Y cómo no le habia de amar y por consiguiente ser celosa de su amor, si se gloriaba de que su marido no habia gastado nunca camisa que ella no le hubiese hecho?

Doña Toda y su hija, que se llamaba María, y fué conocida con el sobrenombre de la *Excelenta*, fueron conducidas al monasterio de Madrigal. Allí se educó y tomó el velo esta última. Luego fué abadesa de la misma comunidad, y habiendo pasado posteriormente de orden del emperador Carlos V á las Huelgas de Burgos con objeto de componer ciertas desavenencias, murió de abadesa de este célebre monasterio, y sus restos se trasladaron á Madrigal, donde yacen.

En cuanto á su madre doña Toda, ignórase absolutamente qué fué de ella, aunque se supone que pasaria el resto de su vida y moriria en el monasterio de Madrigal.

ANTONIO DE TRUEBA.

## Tradiciones religiosas de España.

EL OLIVO DE SAN TORCUATO.

La ciudad de Guadix, antigua Acci, alcanza un nombre ilustre en los fastos de la iglesia española. Allí predicaron el Evangelio, en el primer siglo de nuestra era, los siete varones apostólicos, consagrados en Roma por los apóstoles san Pedro y san Pablo. Allí, despues de un señalado prodigio, que aterró á los infieles, se estableció solemnemente la primera pila bautismal en que se bautizó todo el pueblo. Allí puso su sede episcopal el glorioso san Torcuato, repartiéndose desde allí sus compañeros para fundar otras sedes y diócesis por las vecinas regiones de la Bética. Allí, finalmente, fué compuesto en los primeros siglos de la Iglesia el ilustre oficio de los siete apostólicos; adoptando despues por todas las iglesias de la península, y uno de los monumentos mas insignes de la piedad y religion de la cristiandad española.

A dos leguas de esta ciudad, en lugar solitario y pintoresco, se ven hoy una pequeña ermita y un olivo de remota antigüedad. Si hemos de creer á la tradicion, esta ermita ocupa el lugar de una antigua y famosa iglesia edificada sobre el sepulcro del mismo san Torcuato, cuyo polvo aun se señala y se venera. Allí afirman que sufrió su martirio el santo apostólico, y allí le sepultó la piedad de los fieles, erigiéndole un suntuoso templo, y plantando en su atrio el mismo olivo, que al cabo de diez y ocho siglos, subsiste hoy providencialmente.

Pero en lo tocante á este olivo, la verdad histórica es mucho mas explícita y elocuente que la tradicion. El extrago de los tiempos, las calamidades y ruinas de la dominacion sarracena y la extincion del pueblo cristiano de Guadix en los últimos tiempos de aquel cautiverio fueron parte para borrar las santas é insignes memorias de este lugar venerable, y para poner fin á un admirable prodigio que en él se obraba de continuo. Por fortuna, algunos datos históricos suplen el vacío de la tradicion y reparan el olvido de tan interesantes recuerdos. Sabemos por antiguos historiadores que el olivo plantado en el atrio de la iglesia de San Torcuato, florecia todos los años en la víspera de su festividad, presentando de improviso mas flores que hojas. Pero

era lo mas admirable que á vista del numeroso pueblo que concurría á la fiesta, cayendo al punto la flor, se presentaban las aceitunas, engordando y ennegreciendo en el mismo dia. Asombrado el pueblo cristiano con tal maravilla, acudia al olivo, cogiendo á porfía sus frutos, del que sacaban un aceite que se empleaba, no solo en sustentar las lámparas que ardian continuamente ante el altar y sepulcro del santo, sino además para remedio de muchas dolencias que Dios se dignaba curar por aquel bálsamo piadoso.

Este prodigio empezó desde la misma muerte de san Torcuato, siendo testigos de él, no solamente los cristianos, sino tambien los gentiles, que se aprovechaban á veces de su beneficio, glorificando por ello al hijo de Dios Jesucristo, y convirtiéndose muchos.

Continuó el milagro en los primeros tiempos de la dominacion sarracena como lo confiesan los mismos historiadores árabes, gracias á su espíritu de verdad y de imparcialidad. Cuando la invasion de aquellos bárbaros, los cristianos de Guadix entraron en tratos con ellos, pactando el libre ejercicio de nuestra santa religion y la conservacion de una ó mas iglesias para el culto, entre ellas la que guardaba las preciosas reliquias del apóstol y patron de aquella ciudad. El autor árabe Ibn Alnardi, en su curioso libro que tituló la *Perla de las maravillas*, donde trata de las cosas memorables del mundo, habla con admiracion de este olivo portentoso y de una fuente, tambien prodigiosa, que manaba cerca del olivo en el recinto de aquella iglesia. Dice que todos los años, en un dia señalado, acudia allí gran concurso de gente, sucediendo que al nacer el sol, la fuente empezaba á correr copiosamente, y al punto aparecia en el árbol la flor, y en seguida se presentaba la aceituna, que en el mismo dia engordaba y ennegrecia. Añade que los concurrentes cogian entonces cuanto podian de aquellas aceitunas y aquel agua, guardando lo uno y lo otro para usos muy provechosos. Carácter singular de la religion católica y verdadera, que hasta los infieles y paganos, á pesar suyo, den testimonio de su verdad y de sus glorias.

Este prodigio del olivo y de la fuente, debió servir de consuelo y aliento á los cristianos de Guadix durante la opresion sarracena, en cuyo tiempo y por espacio de algunos siglos, no decayó en aquella ciudad la fe católica ni la devocion á san Torcuato.

Allí florecieron, en época tan calamitosa, santos y prelados tan insignes como el obispo Frodoario, que vivía en 720, á quien un cronista coetáneo llama insigne en religion y santidad; como el obispo Quirico, que en 839 asistió á un concilio nacional en Córdoba; y en fin, como el mártir san Fandila, que en 853 murió por nuestra fe en aquella misma capital de la España sarracena.

Ignórase cuándo el Señor dejó de obrar aquellas maravillas; pero es de suponer que así sucediese cuando la tirania y persecucion de los infieles obligó á los cristianos mozárabes de Guadix á desamparar su patria, huyendo con el cuerpo de su glorioso apóstol y patrono. Ignórase asimismo la época de esta traslacion; solo sabemos que el cuerpo de san Torcuato fué trasladado en los siglos medios, primeramente á un lugar del obispado de Orense, junto al rio Limia, y de allí al célebre monasterio de Celanova, fundado por san Ruderindo por los años 935, donde se conserva desde entonces, muy frecuentado y venerado por los habitantes del pais.

F. J. SIMONET.

## Sucesos de Creta.

EL COMBATE DE ANUGIA.

Atenas 22 de abril de 1867.

Aunque el ruido que se hace ahora á la otra parte del Rhin absorba actualmente la atencion de la Europa, no se vaya á creer, sin embargo, que haya disminuido en manera alguna la grande importancia del movimiento helénico. Lo que es en Atenas la cuestion de la emancipacion de las poblaciones griegas, se halla mas que nunca á la órden del dia. Los ánimos están ardientes cual nunca; los comités no menos activos y la resistencia de los voluntarios en Creta, tan enérgica como en un principio.

Desde que Omer-bajá ha ido en persona á tomar la direccion de las operaciones militares en Creta, los avisos y telegramas de Constantinopla han venido á ser mas afirmativos sobre la represion de las partes de la isla sublevadas; pero es de creer que sucederá, con los esfuerzos y promesas de Omer-bajá, lo mismo que hubo con los de Mustafá-bajá.

Los insurrectos continúan en pié, y su situacion es siempre la misma. Para ellos la montaña, para los batallones turcos las ciudades y la llanura, y el generalísimo turco no tardará en saber cuán difícil es hacerse dueño de esas posiciones erizadas de precipicios, y que parecen creadas para suministrar un abrigo inexpugnable á los guerrilleros.

Acompaña á esta carta un dibujo que representa un episodio del combate de Anugia, dado el 27 de enero, cerca de Candia. La escena figura el instante en que

llevan á Coroneos, despues del combate, á un espía turco que han apresado.

En el horizonte se distingue el llano de Candia y el mar. Los tenientes de Coroneos le rodean y le preguntan qué es lo que han de hacer con este hombre. « Es tarde ya, » responde el comandante de los voluntarios. Esta accion de Anugia ha sido una de las mas encarnizadas de la insurreccion de Creta. M.

## Exposicion universal de 1867.

MANUFACTURAS IMPERIALES.

II.

Los Gobelinos, Beauvais.

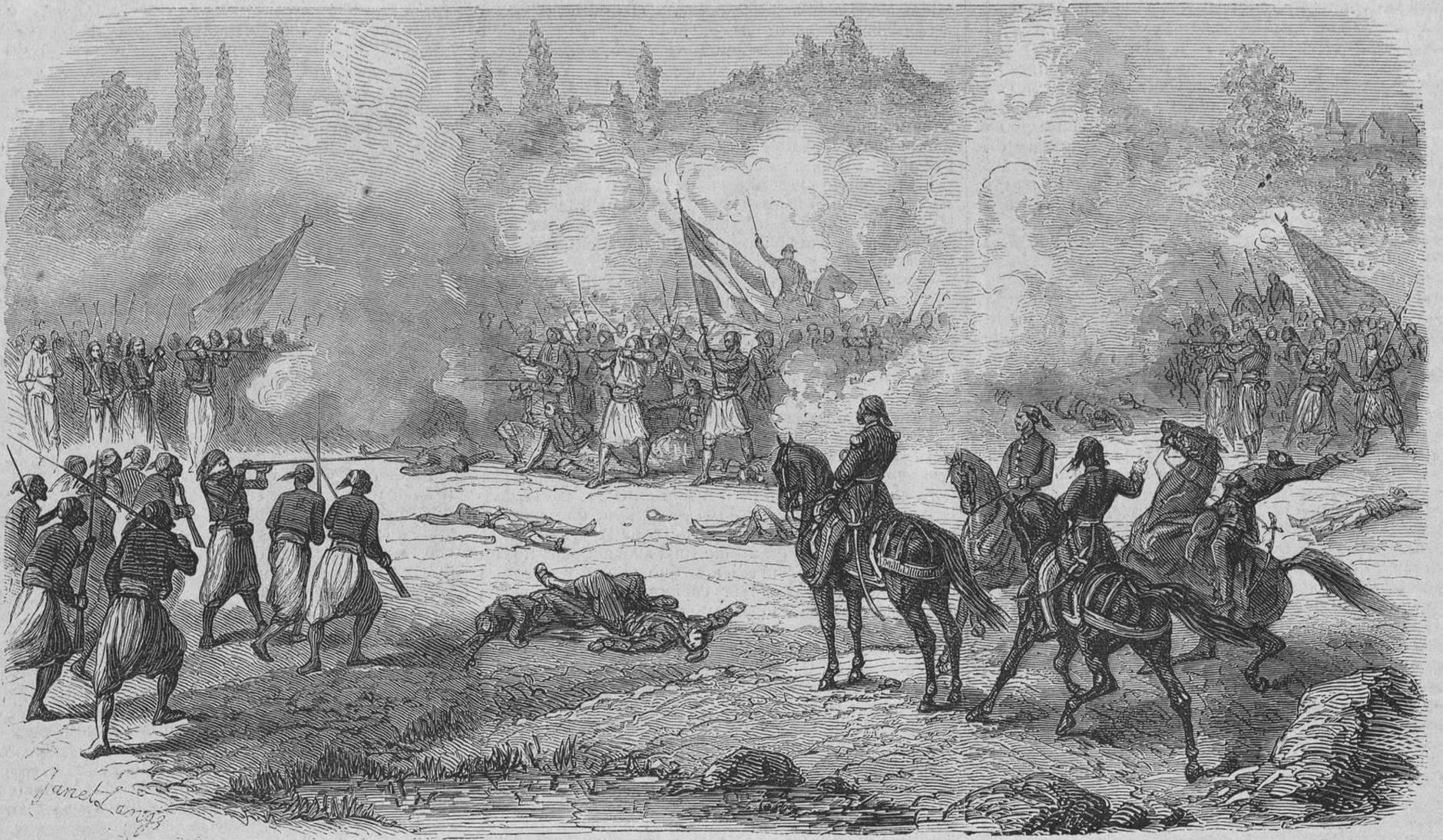
Desde que ya no vienen, en compañía de Sèvres, á instalarse régicamente en un pabellon del Louvre; desde que el sufragio universal las ha sometido, como á Sèvres, á la critica de las exposiciones públicas, ¿han hecho las manufacturas de los Gobelinos y de Beauvais algunas concesiones democráticas al espíritu moderno, y han tenido presente que si el genio puede á veces hablar de derecho divino, el talento, la imitacion mas prodigiosa y la habilidad mas consumada no gozan del mismo privilegio? En otros términos, ¿han concluido por comprender que producir magnificas tapicerías no es hacer cuadros, que tejer no es crear, que una lanzadera no es un pincel, y que los mil y un matices ideales que puede dar la química á un ovillo de lana verde ó encarnada, no equivaldrán jamás, en la imaginacion de un artista ó en el gusto de un inteligente, á esa cosa indefinible y completa que el colorista mas modesto encuentra sin buscarla en su paleta, que se llama el tono, y que es á la pintura lo que á la armonía es á la música, y el estilo á la poesía?

No hablamos del dibujo, pues aquí la idea no está en tela de juicio, en atencion que se trata únicamente de una industria que por maravillosa que aparezca, no es, sin embargo, mas que sencillamente plástica. Pero preciso es decirlo, y la clasificacion lo dice todavía mas alto que nosotros: tapicerías, colgaduras, cuadros, todo esto, como los hermosos jarrones, como los bronceos costosos, como los muebles de gran lujo, es en nuestra época arte decorativo y nada mas. La pintura verdadera, que es el arte por excelencia, tendrá motivos para decir á esta industria, cuantas veces quiera presentarse en competencia, que está prosiguiendo un arte pueril, que el arte es su maestro y no su rival, que vencer dificultades no es progresar, que únicamente la invencion es original, que la perfeccion de la mano de obra mas delicada no vale la concepcion mas ruda, y que entre el tapiz y el lienzo media la diferencia que separa la ejecucion del pensamiento.

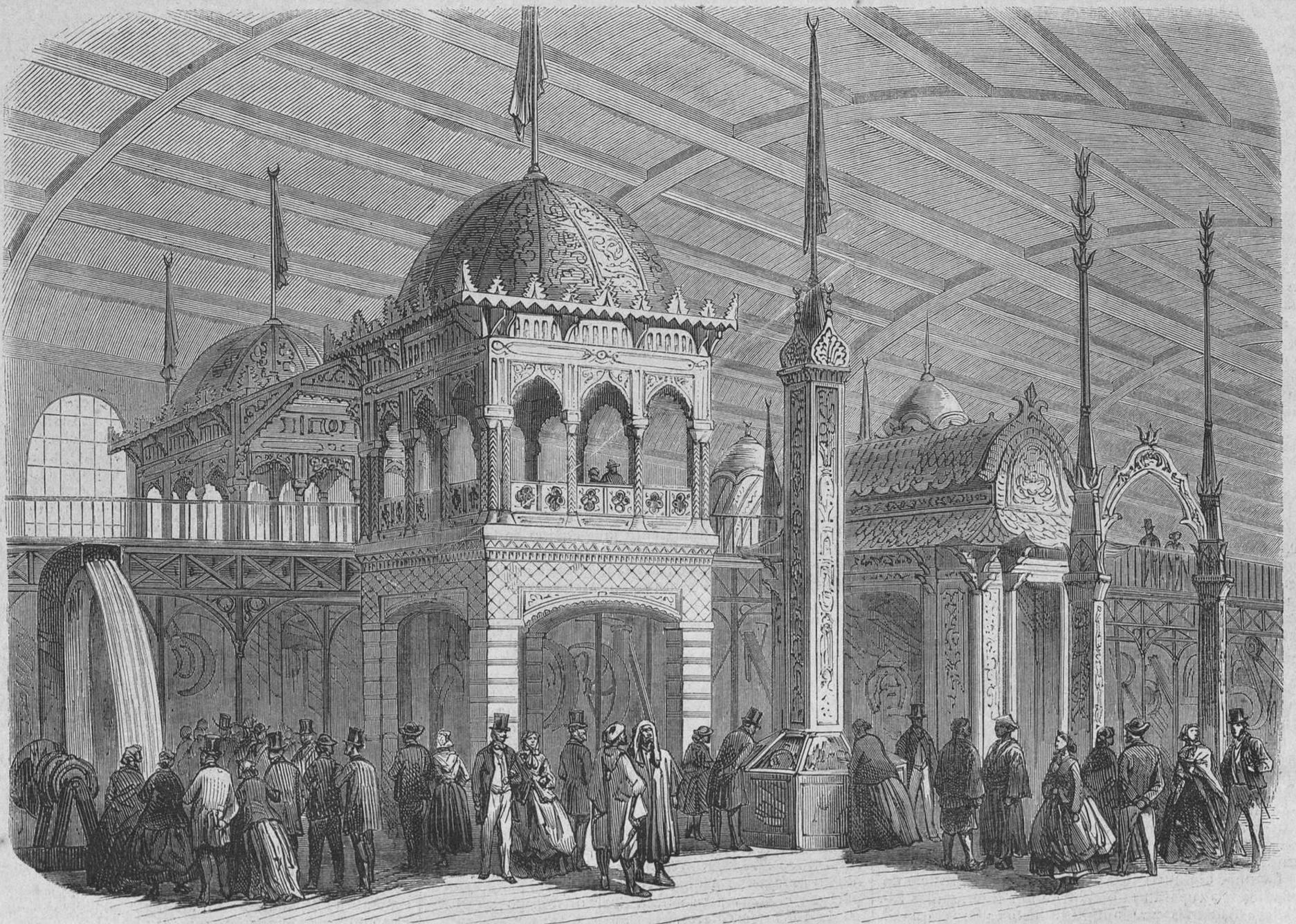
Apelamos á todos aquellos que han visto los nuevos productos de los Gobelinos y de Beauvais: nada mas precioso que los muebles, las dos pantallas y el cuadro de atributos expuestos por Beauvais, y la reproduccion por los Gobelinos de *la Cible des amours*, de Boucher; mas al lado de estos prodigios de gusto, de frescura y naturalidad, ¿qué de esfuerzos perdidos, de abortos ruinosos, de audacias imposibles y estériles en esas tres magnificas repeticiones por los Gobelinos de las *Musas*, de Lesueur, del *Nacer de la Aurora*, del Guido, y del *Amor sagrado y profano* del Ticiano! No nos atrevemos á decir qué género de decoracion nos recuerdan esa Aurora del Guido, ese techo de un vaporoso tan clásico, donde los caballos y las figuras parecen hechos del éter que los lleva. Las *Musas*, de Lesueur, están quizá mejor, á causa sin duda del tono templado del modelo; pero como si hubiesen querido confirmar las criticas y probar lo que pueden y no pueden, el cuadro tiene una orla de Dieterle, maravilla de composicion y de matices, una de esas perlas que solo se encuentran en los Gobelinos.

En cuanto al Ticiano, sucede con esa sublime página de un colorido tan incomprensible como su título, lo que con esas sinfonías antiguas tan bellas á grande orquesta como ejecutadas en pequeño: la copia, por debilitada que esté, siempre es deslumbradora, y recordamos que en 1862, en Lóndres, otra obra magna del mismo maestro, la *Asuncion*, de Venecia, salió no menos bien en los Gobelinos, y sin embargo, esta *Asuncion* se criticó mucho. La mujer desnuda inclinada sobre el pozo, del cuadro de los dos Amores, inspiró á Baudry, ese veneciano de nuestros dias, su preciosa figura de la Fortuna, en el cuadro del Luxemburgo. Ahora bien, tambien en los Gobelinos encontramos al mismo Baudry con uno de sus cinco cuadros (los *Sentidos*), que deben adornar el comedor del Eliseo: el *Tacto* es el que está expuesto, y es de sentir no estén los otros. ¿Qué composicion tan bonita y tan poética! Una muchacha con las piernas desnudas, vestida de corto, como la cazadora del Louvre, acaricia voluptuosamente una paloma, y un adorable niño se alza hácia ella con un movimiento de afección cariñosa.

Tambien al Eliseo están destinados los dos cuadros de Beauvais y los tres muebles, dos sillones y un canapé, tan fabulosamente hermosos, con su grupo de flores di-

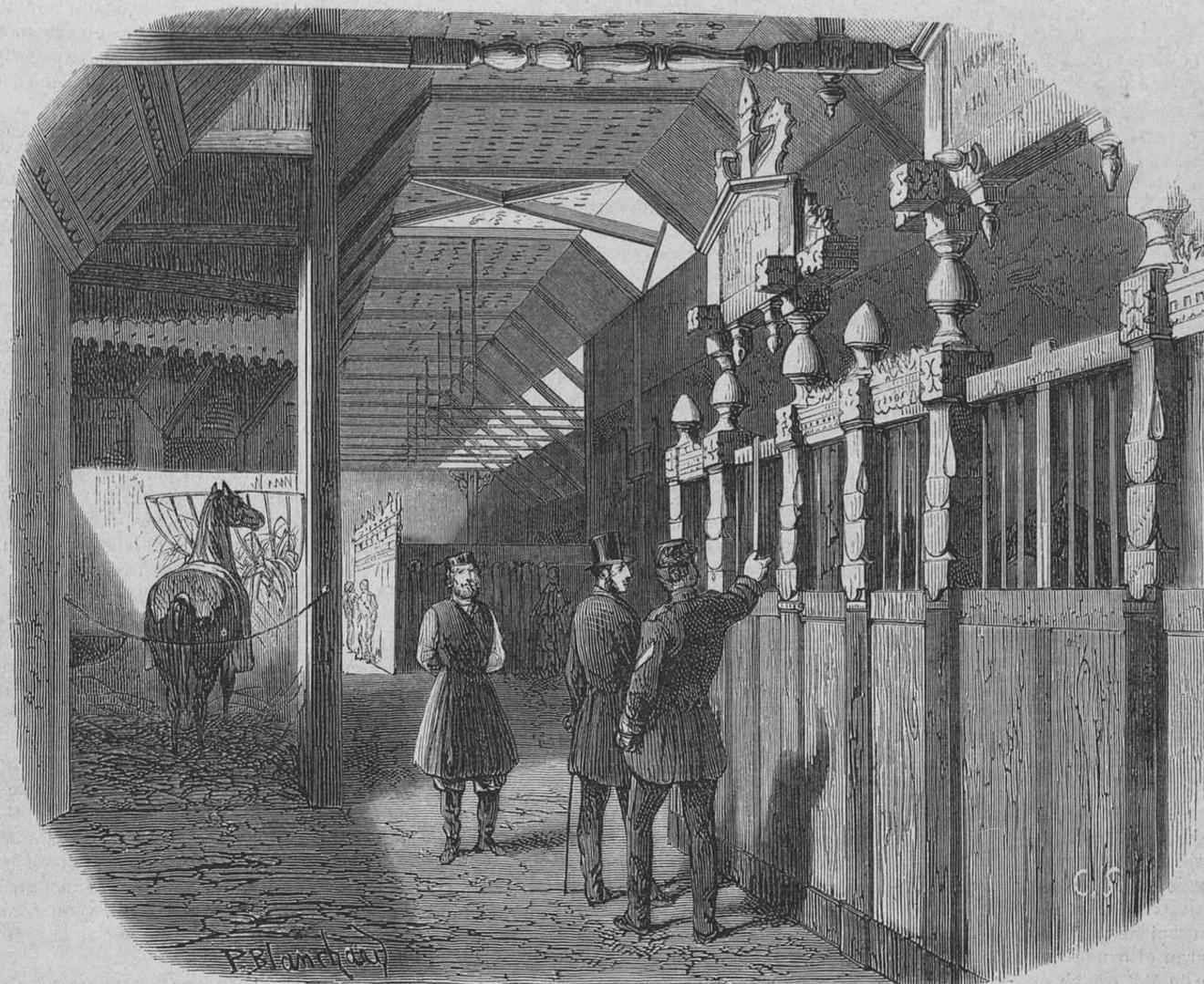


SUCESOS DE CRETA. — Combate de Anugia el 27 de enero.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galeria de las maquinas : seccion de los Estados Unidos.

bujadas por Chabal-Dussuery, que han expuesto entre cristales, como para hacer creer que no se atreverán a servirse de ellos. Es seguro que jamás se ha hecho cosa semejante, y que muchos envidiarían la finura, muchos cuadros de flores la variedad, y muchas serían el brillo de esta tapicería. Aquí es ocasión de saludar á la industria francesa en una de sus glorias mas incontestables, en una de sus expansiones mas legítimas, porque son las mas naturales, porque atestiguan esas relaciones íntimas que en todo tiempo han existido entre los artistas que inspiran y los obreros que ejecutan. Así como en las grandes épocas de creación, en el siglo XVI, por ejemplo, toda obra industrial, loza pintada, madera esculpida, metal labrado, muebles, armas, cerajería, todo tenia el sello del genio que trasformaba la civilización; así en el día, la *curiosidad*, que este nombre le dan, ha reemplazado la invención, y el instinto de reproducción, que ha venido á ser por su parte un arte considerable, suele hacer salir del mismo taller, y casi de la misma mano, las imitaciones mas perfectas de



EXPOSICION UNIVERSAL. — Interior de las caballerizas rusas.

los estilos y tiempos mas diversos. A las manufacturas imperiales corresponde mantener, no por medio de copias serviles, sino por asimilaciones inteligentes, las aptitudes francesas de la industria decorativa, y ellas

Paris segun los planos enviados de San Petersburgo, se encuentra bajo la alta direccion del señor general Moerder, quien tiene en calidad de agregado para que le ayude en tan delicada tarea, á M. Kopteff, consejero de

deben pensar que si los grandes pintores del renacimiento y del siglo de Luis XIV no se desdaban de dibujar modelos de tapicerías y de lozas, era bajo la condicion de que las telas destinadas á los muebles no ocuparian el puesto de los frescos, y que la alfarería de Gubbio y de Faenza no aspiraria á entrar en competencia con la Sixtina.

P. A. R.

LOS CABALLOS RUSOS.

Damos una muestra de la instalacion de los caballos rusos en el Campo de Marte, que son visitados diariamente por la muchedumbre.

La salida de estos magníficos caballos, á eso de las tres de la tarde, es una de las curiosidades de la Exposicion. Añadiremos que este envío ha sido objeto de una atención especial, por parte de la comision de Rusia. Esta yegüacería, construida en



La salida de los caballos rusos.

Estado, y á M. Siniavine. Toda esta hermosa obra de instalacion de boxes, de trineos, carruajes y arreos rusos, se debe á M. Ignatoff, que ha desplegado en esta exhibicion todos los esplendores que se ven en Rusia.

L. C.

### Revista de Paris.

Mas que nunca se habla en el dia de las régias visitas que nos esperan durante el verano. El rey de los griegos está ya en Paris y la reina de Portugal se halla en Madrid, de paso para Francia. Con el título de las *Visitas de los Soberanos*, el bien informado periódico titulado la *France*, trae curiosas noticias sobre las expediciones que preparan los monarcas de distintos países, con el fin de visitar la ya memorable Exposicion universal de 1867. Segun este diario, parece ser que el príncipe real de Prusia no espera mas que el resultado de la conferencia de Lóndres para venir á desempeñar en Paris su mision de presidente de la exposicion prusiana. Ya se disponen las habitaciones que ha de ocupar en la embajada de Prusia.

Hacia el 28 de mayo el emperador de Rusia, vendrá de Copenhague, donde debe pasar dos ó tres semanas, á Paris, y aquí se encontrará en los primeros dias de junio con el rey Guillermo.

El rey de Prusia habitará en el palacio de Tullerías, y el emperador de Rusia en el palacio del Eliseo.

El emperador y la emperatriz de Austria no llegarán sino despues que se hayan marchado los soberanos de Prusia y Rusia.

Con tal motivo se están organizando fiestas ostentosas. Ya se habla de las que preparan el conde de Goltz, el baron de Budberg y el príncipe de Metternich.

El rey y la reina de los belgas llegarán en la presente semana.

Finalmente, anúnciase igualmente la próxima llegada del rey de Italia; y dícese que tambien visitará la Exposicion universal el rey de Baviera.

La municipalidad de Paris, fiel á sus tradiciones de suntuosa hospitalidad, se dispone á hacer á tan ilustres visitantes una recepcion digna de su rango, y parece ser que habrá fiestas en el Hotel de Villa, que recordarán por su brillo y magnificencia las que se dieron en el año de 1855 con motivo de la presencia de la reina Victoria.

Y á propósito de la reina de Inglaterra, dícese que tambien tendremos su visita, aunque de rigoroso incógnito, y se añade que al cabo de su estancia en Paris pasará á Alemania.

El público parisiense lee con avidez estas noticias, no solo por lo que lisonjean el amor propio nacional, sino porque tambien ve en ellas como una prueba indirecta de que no se cree ya en la guerra en ciertas regiones donde se deben tener informes fidedignos sobre los futuros acontecimientos.

Sin embargo, mientras los diarios franceses publican este movimiento de viajeros, un periódico satírico alemán, anuncia por su parte las siguientes expediciones que habrán de tener lugar en la misma fecha.

« San Petersburgo. — El general príncipe Bariatinski saldrá pronto por asuntos de familia y con un séquito de cien mil personas á hacer una visita á Turquía.

Tréveris. — Los soldados de los regimientos números 66 y 68 de línea, harán una visita á Luxemburgo á ver un sargento que está en peligro de muerte, el cual sirvió por algun tiempo en el regimiento número 69.

Ostende. — El almirante francés Hamelin perdió el año pasado su petaca en el mar y saldrá pronto á buscarla. Le acompañarán varias personas pertenecientes á la armada y treinta buques de combate, llevando á bordo á los que deben ayudarle en esta operacion.

Berlín. — A consecuencia de las repetidas instancias de la guardia del rey, ha resuelto concederle permiso para ir de viaje. »

Siguen otras indicaciones no menos jocosas y que omitimos por no alargar la muestra.

Sea como quiera, hoy por hoy la Exposicion universal es el gran acontecimiento. Bajo este concepto, sin perjuicio de los artículos especiales que se darán á luz en este periódico sobre los distintos ramos que abraza este gran concurso de 1867, iremos señalando á la atencion del lector en estas crónicas aquello que llama mas la atencion en las visitas, naturalmente superficiales, que hacemos los curiosos. Hé aquí para principiar estos apuntes trazados á la ligera, una noticia sobre la *pirámide de oro*. A la cabeza de la maquinaria inglesa figura un producto monumental que cautiva al punto la atencion de todo el que penetra en la galeria: es una pirámide de oro construida con todo el metal recogido en la colonia inglesa. Es decir, la pirámide en cuestion, de base cuadrada y de cuatro caras, no es de oro macizo, sino dorada, y está allí para figurar todo el oro recogido durante diez años (1851-1861) en la mencionada colonia.

M. de Wolowski hablando últimamente sobre las exposiciones, ha dado estos detalles tomados de documentos oficiales.

En 1862 la pirámide de oro que hacia en cierto modo los honores de la exposicion inglesa, media sobre cada lado de su base, 2 metros 75 centímetros, y tenia 15 metros de altura. Aquella masa de oro representaba pues un peso de 800 toneladas, equivalente á 260.000.000 de francos.

La pirámide que se eleva hoy en el palacio del Campo de Marte tiene tres metros 50 centímetros sobre cada uno de los lados de su base, con una altura de 19 metros 34 centímetros. Esta enorme masa del precioso metal pesa sobre 11,000 toneladas y representa un valor de 35,750.000,000 de francos, valor que viene á ser como la sétima parte de todo el oro esparcido en el mundo. ¿Merece pues, la pirámide inglesa la contemplacion de que es objeto continuamente?

Lo mas atrasado que hay todavía en la Exposicion es la galeria ó museo de la historia del trabajo. Sin embargo, en la seccion francesa se cuentan ya mas de seis mil objetos ofrecidos á la curiosidad de los aficionados.

La sala perteniente á la edad de piedra está abierta al público y contiene una interesantísima coleccion de objetos de hueso y de piedra.

La sala de los esmaltes y la de las porcelanas encierran preciosidades sin cuento.

En esta exposicion habrá una sala que contendrá las riquísimas colecciones de muebles y objetos de arte del siglo XVIII, propiedad particular del marqués de Hertford, que figuraron ya en la exposicion retrospectiva de 1865.

Los ingleses han principiado tambien á abrir sus salas, y en ellas hemos visto magníficas piezas de platería pertenecientes á los gremios de Lóndres. Encuéntrense allí grandes mesas de plata maciza, que independientemente de su mérito como obras de arte, tienen un enorme valor intrínseco.

Parece ser que ni la Italia ni la Alemania expondrán nada en esta galeria que podría llamarse arqueológica. La Rusia tiene ya algunos objetos, entre ellos una magnífica fuente de mayólica italiana, que es una obra de arte incomparable.

Por último, excitan en esta seccion una admiracion general los cristales y las armas del emperador de Austria.

A la lluvia persistente que hemos tenido en las últimas semanas, ha sucedido un tiempo de verano, y así sucede que el parque de la Exposicion viene á ser por las noches un agradable sitio de recreo muy concurrido y animado. Los árboles se han cubierto de hojas, los céspedes de una verdura primaveril, y por todas partes se muestran orgullosas y brillantes las primeras flores. Este parque poblado de tantas y tan singulares construcciones, ofrece de noche, á la luz eléctrica combinada con la infinidad de mecheros de gas que alumbran por todas partes, un espectáculo encantado. Prepáranse en la actualidad toda clase de diversiones, como funciones teatrales, conciertos y diversiones nocturnas de varios de los distintos países representados en el parque, y entre tanto ha inaugurado ya las suyas el jardín chino.

A decir verdad, la funcion de este teatro ha dado un chasco solemne á los espectadores, pues en lugar de los actores del Celeste Imperio que se esperaban, salieron volatineros y gimnastas americanos. Dos jóvenes chinas asisten á la representacion, sin duda para dar algun colorido local al espectáculo, que no tiene de chino mas que el nombre.

Tanto es así, que uno de estos espectadores, chino de nacimiento, no pudo menos de tomar la pluma al siguiente dia de la primera funcion, y escribió al *Moniteur* las curiosas líneas siguientes:

« El sábado fué la primera funcion del teatro chino anunciada hacia largo tiempo en los diarios.

» Nacido en el Celeste Imperio y habiendo viajado mucho por el interior de este gran país, tuve mucho interés en asistir á esta empresa llamada á dar á los parisienses una idea de la China.

» La fachada del edificio chino recuerda efectivamente los preciosos pabellones en donde residen durante el verano los Hijos del Cielo.

» Siento mucho que habiendo salido tan bien esta construccion, al elevar el pabelloncito del extremo izquierdo que sirve de aposento á las señoras, no hayan levantado otro al extremo derecho como paralelo al que existe.

» En todo el edificio deploro la ausencia de los caracteres que constituyen el ornato de todas nuestras habitaciones chinas. En cuanto á los que figuran en lo alto del teatrillo que hacen frente al pabellon, quieren decir lo siguiente: « Teatro para cada dia con las mismas funciones. » Yo habria deseado alguna variedad en tan sencillo programa para sostener el interés del parisiense, amigo siempre de novedades.

» Es un teatro chino que no es chino, donde artistas de talento, seguramente, obtendrán los mismos triunfos que en otro sitio cualquiera. Siento mucho que el empresario no haya traído artistas del reino del Medio que habrian dado una idea de nuestras obras maestras literarias, y que, mediante la traduccion, se habrian apreciado en lo que valen. Por lo que hace á las damas chinas, A.-Nai y A.-Behoé, que asisten á las funciones, expuestas á la curiosidad parisiense, representan perfectamente los graciosos tipos del Mediodia del Celeste Imperio. »

Verdaderamente estas chinas constituyen la gran atraccion del establecimiento. Una infinidad de curiosos acuden á la azotea, á tomar una taza de té al estilo de Pekin, no tanto por saborear el té como por contemplar á las chinas. En esto del té, el parroquiano no sale engañado como en la funcion teatral, pues á lo que aseguran los inteligentes, se toma absolutamente lo mismo que en el Celeste Imperio. Aviso pues á los aficionados.

Antes de concluir con lo relativo á la Exposicion universal en la revista de esta semana, hablaremos de los estudios útiles que se organizan para que los obreros saquen el partido que puede, y debe sacarse de tan interesante é instructivo concurso.

La comision prusiana ha dispuesto una serie de paseos comparativos en el palacio, y tres veces por semana habrá hombres competentes que guiarán á los convidados y á las personas que tengan por conveniente reunirseles por uno de los círculos en donde se hallan expuestos productos de igual clase, aunque procedentes de diversos países, y allí, al frente de los tales productos, se darán explicaciones detalladas.

El primero de estos paseos tuvo lugar el sábado último en el grupo de las materias elementales, y fué dirigido por M. Elsner-Kronau. En el grupo se distinguian el duque de Ratibor, el conde de Goltz, el cónsul de Prusia, el comisario de Sajonia. Ahora se prepara la inspeccion del grupo del vestido, y á esta seguirá la de las máquinas.

Por otra parte, la sociedad inglesa de las artes ha instituido un comité muy influyente, el cual se ocupa de recoger suscripciones, á fin de auxiliar á cierto número de obreros ingleses para que vengan á estudiar la exposicion francesa, la maquinaria, etc. Hé aquí el plan que han formado con el susodicho objeto:

Elegirán un número determinado de obreros, entregando á cada uno de ellos cierta cantidad para que puedan hacer el viaje y residir en Paris una temporadita de tres semanas, durante la cual harán su estudio de la exposicion de las manufacturas y talleres que deseen visitar. Ahora bien, cada uno de los individuos que hagan este viaje costeado por la Sociedad, contraerá la obligacion de escribir á su regreso un informe sobre todo lo que haya observado durante su estancia relativamente á su propia industria, y este punto se considera, y con razon, tan importante, que una de las condiciones de admision entre estos delegados del trabajo, será que un tercio de la suma señalada, quedará en depósito en la caja del comité, y no será entregada sino despues que el obrero haya puesto en manos de la Sociedad el susodicho informe.

Abandonemos ya por esta vez el recinto del Campo de Marte, y veamos qué otras novedades nos ofrece Paris esta semana.

Desde luego señalaremos una doble eleccion académica muy ruidosa. Sabido es que estaban vacantes dos sillones, el de M. de Barante y el de M. Victor Cousin, para los cuales habia un crecido número de candidatos. Dos entre todos ellos lograron asegurar su eleccion, gracias á una de esas coaliciones políticas que tan á menudo se organizan en el seno de la Academia: Julio Favre, el jefe de la oposicion democrática en el Cuerpo legislativo, orador eminente, y cuyo talento está reconocido por amigos y adversarios, y el P. Gratry, cuyas obras de filosofia cristiana tienen la fama que merecen. Sin la reunion de los votos de ambos extremos, ni uno ni otro de los candidatos habria penetrado en la Academia, y como los dos partidos tenian particular interés en reforzar sus filas, de aquí la coalicion que ha dado el doble nombramiento del P. Gratry y de Julio Favre. Teófilo Gautier tuvo tambien algunos votos; pero esta vez no se trataba de eleccion literaria, y por consiguiente nadie habrá podido extrañar que un escritor como Teófilo Gautier se haya visto derrotado por un abogado y hombre político muy eminente, pero que hasta el dia no ha escrito nada.

La crónica teatral de la semana no es brillante. Fuera de la nueva ópera de Gounod, titulada *Romeo y Julieta*, de que vamos á ocuparnos, en los demás teatros se continuán las piezas del invierno, ó se echa mano al antiguo repertorio poniendo en escena piezas como la *Tour de Nesle* (Margarita de Borgoña) y comedias de magia, espectáculos que los empresarios dedican á los visitantes de la Exposicion universal.

Antes de consignar aquí el nuevo triunfo obtenido por el autor del *Fausto*, queremos señalar un curioso incidente ocurrido noches pasadas en la funcion del teatro del Chatelet. Hallábanse en medio de la representacion, cuando de repente las miradas del público se apartaron de la escena para fijarse con espanto en un palco del piso principal.

Una ráfaga de aire habia proyectado la llama de un mechero de gas sobre las colgaduras de este palco que se incendiaron. Fácil es comprender el pánico que se declaró en la sala. Todos los espectadores se habian levantado ya y querian salir á toda prisa, cuando asomó en el escenario un bombero que traia en la mano una lanza de incendio. Con esta lanza apuntó bien al palco que estaba ardiendo, disparó el agua y de la primera vez apagó la llama amenazadora.

Entonces hubo un aplauso, un grito de admiracion, un transporte de entusiasmo, como solo se ven en los Italianos cuando canta la Patti. Bajaron el telon, pero toda la sala pidió que saliera el héroe de aquel imprevisto intermedio; y con efecto, el diestro bombero apareció nuevamente y recibió una ovacion de esas que hacen época en la historia de un teatro.

Hablemos ahora de *Romeo y Julieta*.

Los autores del libretto, MM. J. Barbier y M. Carré, han conservado tal cual es conocida de todo el mundo la historia de los dos célebres amantes, y sobre tan poético argumento M. Gounod ha escrito una partitura de verdadera importancia musical, tanto por la inspiracion que abunda en toda ella, como por la ciencia con que M. Gounod ha sabido hacer valer sus melodías, de las cuales habrá algunas que seguramente vendrán á ser populares. La Miolan-Carvalho

desempeña admirablemente el papel de Julieta, y M. Michot hace aplaudir su simpática voz en el de Romeo. En cuanto á trajes y decoraciones el espectáculo es soberbio.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

### LOCOS DESEOS.

Bajo las verdes ramas  
De un árbol corpulento  
Quejábame, y subían  
Mis quejas hasta el cielo.  
« Mi amor siempre es lo mismo,  
(Decía con despecho)  
Pacífico, monótono,  
Sin nubes y sin trueno.  
Estela me acaricia,  
Yo juro amor eterno,  
— ¿Me quieres? — ¿Te idolatro!  
— ¿Me crees? — Sin recelo.  
Y á cada sol que nace  
Me aburro y exaspero  
Porque es mi amor monótono  
Sin nubes y sin truenos. »  
¡Mas ay, tal no dijera!  
Que el niño ceguezuelo  
Oculto oyó en el cáliz  
De un tulipán enhiestro,  
Y agitando sus alas  
Me dijo con desprecio :  
— Amor te di tranquilo,  
Quieres amor inquieto;  
¡Ay, loco, que deseas  
Las furias del averno!  
Si aun con ser tan dulce  
Conmigo acibar llevo,  
¿Qué esperas, insensato,  
De mi terrible ceño?  
¿Insistes?... ¿Sí?... ¿Pues sea!  
¡Corred, volad mis genios,  
Que apure hasta las heces  
El cáliz del tormento! »  
Y envuelto en una nube  
De nácares y fuego,  
Perdióse en el espacio  
El niño tiranuelo.  
Entonces un murmullo  
Vago escuché á lo lejos,  
Que rápido venía  
Creciendo por momentos.  
Mi mente oscurecióse  
Mil penas presintiendo,  
Turbáronse mis ojos,  
Heláronse mis miembros.  
Y el corazón y sienas  
Con frenesí latieron,  
Veloces en mi alma  
Posáronse los celos;  
Y el corazón me matan  
Con su fatal veneno.  
De entonces mi alegría  
Trocóse en sentimiento,  
Mis dulces ilusiones  
Marchitas van cayendo,  
En languidez inmensa  
Yace mi triste pecho.  
¡Ay, por qué apuré tanto  
El cáliz del tormento,  
Que ya no sé si vivo,  
Que ya no sé si muero!

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

### La hija del comerciante.

(Conclusion.)

La pobre niña tenía, según se ve, sus puntas de diplomática.

— La vida del hombre no es eterna, querida. Hay que tomar estado : un matrimonio es un doble arreglo de cuentas. ¿Qué tendrías que oponerme, si hubiese hablado seriamente el otro día?

— Pero, padre...

— ¡Pero padre, pero padre! Yo no entiendo esas monadas; no quiero que hagas la remilgada.

Detúvose un poco y bebió lentamente un vaso de vino de Madera, antes de volver á tomar la palabra.

— ¿Has oído hablar del vizconde Geraldin Scamplott?

— He leído su nombre dos ó tres veces en los periódicos : un jugador rematado, ¿no es verdad?

Esta pregunta de la niña fué acompañada de una mirada fija y tranquila : la saeta dió en el blanco.

— Vamos, repuso el padre furioso y haciendo rodar las llavecitas de su reloj en sus dedos; es una calumnia, una infamia : los periódicos no hacen mas que mentir. Lord Scamplott es un hombre de mundo; un jóven de buena familia; un guapo muchacho que comerá en mi casa el domingo próximo.

— ¿En casa!

— Sí, en casa. ¿No soy por ventura dueño de convidar á un vizconde á mi mesa, si me da la gana..., y hasta de comprar media docena de ellos, si quiero? añadió metiendo sus manos en las faltriqueras, como si hubiese de encontrar en ellas todos los vizcondes del universo.

— Pero no obstante seria necesario, mi querido padre, respondió la niña levantándose y apoyándose sobre su espalda, seria necesario que valiesen la pena de ser comprados. Ve Vd., yo preferiría un comerciante estimado á cien vizcondes despreciados y que nos desprecian... á nosotros, pobres gentes de escritorio.

— ¡Pobres gentes de escritorio! ¡pobres gentes de escritorio! es verdad. Al fin y al cabo la niña tiene razón.

Y el comerciante, apurando el vaso de vino de Madera, estaba magnífico y solemne como si fuese un dux de Venecia.

Toda la destreza diplomática de la niña vino á estrellarse contra la resolución del padre : fué forzoso que Jenny, la camarera, se ocupase seriamente en el tocado de María y la hiciese parecer tan hermosa como cabía.

— Probemos, decía el padre, que también nosotros, gentes de escritorio, tenemos hijas hermosas.

El vizconde de Scamplott, noble arruinado por la ruleta y los naipes, había resuelto conquistar á María; pareciale de perlas el adquirir, con una niña bien educada y hermosa, cien mil libras esterlinas al contado, destinadas á sostener sus treinta y dos años perdidos en los vicios, su escasez actual y sus antiguas deudas; por lo que fué exacto en presentarse á la cita. Galanteó á María, del mismo modo que se hace un negocio, que se desempeña un formalidad. La comida del domingo fué muy triste : la jóven respondía con yerto silencio á las necias galanterías que caían de sus labios, y con una indiferencia impasible á sus cortesías afectadas. El vizconde seductor, el hombre mundano, quedó completamente derrotado en esta lucha por una niña, y solo la esperanza de una alta conquista pecuniaria pudo mitigar el enojo que le causaba el vuelco de su amor propio. Su valor fué heroico, continuó impávido sus inútiles visitas, no haciendo caso del desprecio cuyo ultraje ocultaba apenas un leve velo de urbanidad. No se desalentó por eso. El padre, á quien desazonaba mucho esa táctica de su hija, y que mas que todo temía ver escapar de sus manos la corona vizcondal que tanto anhelaba, hacia enormes gastos por respeto á lord Scamplott, para ocultarle parte de la verdad. Afanábase en probarle que su hija era muy tímida, y que *aquello eran monadas de niña, de las cuales no debía hacerse caso*. Fastidiada de esta lucha, iba la pobre María á confesar por fin á su padre la verdad, para evitar el incesante tormento que le hacia padecer el vizconde, cuando un acontecimiento harto dramático le ahorró esta confidencia.

Cierta día, mientras María, acompañada de su camarera, escogía algunas telas en un almacén de Holborn, M. Hallory, acompañado de su abogado M. Jeffrey, hombre grave y honrado, volvió á su casa de improviso. Nunca se le había visto abandonar á esta hora el recinto de la ciudad. Estaba furioso, con las cejas arqueadas, la frente contraída y los labios contraídos de cólera. Encaminóse en derechura al aposento de su hija, tomó un atril que en él había, se lo llevó á su cuarto, lo rompió, y puso en manos del abogado un paquete de cartas que en él había. M. Jeffrey se puso los anteojos, recorrió los papeles, y leyó gravemente con el tono reposado de un magistrado la correspondencia íntima de los dos amantes, pues no era otro el secreto descubierto por el padre de María. M. Hallory le escuchaba con los puños cerrados, los nervios tirantes, los cabellos erizados y sin parpadear. En aquel momento se abre la puerta y entra María. M. Hallory la ve, y temblando de furor, le muestra, sin abrir los labios, los papeles esparcidos por encima de la mesa y el atril que los contenía. La niña lanza un grito y cae sobre el pavimento. El abogado Jeffrey era humano y socorrió á María, la sosegó del mejor modo que supo, y la llevó á su aposento. Mas no pudo apaciguar la ira de su padre, que reconocía, aunque tarde, su necedad. ¡Acercar dos personas de la misma edad! ¡Preparar él mismo aquella catástrofe!

Pero ¿cómo se había descubierto el misterio de la correspondencia de Elliott y de María? Todas las conjeturas de los dos amantes eran vanas, y la única probable era que la camarera, que había protegido los amores de Elliott, hallaría del caso ponerse á cubierto haciendo traición á los mismos á quienes había servido.

Al día siguiente, M. Elliott recibió orden de pasar á casa de su patron al medio día en punto. Poco sospecha-

ba él lo que allí le aguardaba. Sin embargo, el aire lóbrego y adusto del mayordomo y el tibio recibimiento del criado le parecieron de malísimo agüero. Esa gente son unos verdaderos telégrafos y anuncian el bueno ó mal temple de su dueño. Introducido en el gabinete de M. Hallory, vió á este respetable personaje sentado á una gran mesa cubierta de papeles, y con el abogado á su lado.

— ¡Ah! exclamó el comerciante clavando en Elliott sus ojos encendidos; ¡están descubiertos vuestros artificios; me son conocidas vuestras alevosias!

— ¡Alevosias! repitió Elliott, pálido como la cera.

— ¡Sí, malvado! si...

Y amenazaba con el puño á Elliott.

— En nombre del cielo, cálmese Vd., le dijo en voz baja Jeffrey.

Y en seguida, volviéndose á Elliott :

— Usted no ignora, le dijo en tono grave, el motivo sobrado justo de la turbación de M. Hallory.

Elliott inclinó la cabeza sin responder, y pareció esperar una explicación.

— ¡Oh, infame! ¡Oh, ladrón! continuaba Hallory. Tu padre era un malvado y se mató... ¡Haz tú lo mismo!

La palidez de Elliott pasó á ser cadavérica; la niña de sus ojos se dilató, y dirigiendo en seguida su mirada á M. Jeffrey, pareció pedirle por favor que pusiese término á aquel suplicio atroz. En efecto, el abogado murmuró algunas palabras al oído de M. Hallory, que calló, como asombrado de las voces que acababa de proferir.

— Siéntese Vd., Elliott, repuso Jeffrey con dulzura.

Elliott, cuyas manos estrechaban convulsivamente su sombrero, permaneció en pié.

— No olvide Vd., repuso el abogado, que este caballero se halla en una situación especial, y que Vd. le ha puesto en ella.

— ¡Ah, has osado pensar que mi hija sería tuya, tuya! repuso M. Hallory, levantándose de su poltrona. ¡Bien, bien! pero ¡ya estoy yo aquí para echar á rodar vuestros placeres, para estorbar vuestros planes!

— Usted no podía pensar seriamente, repuso el abogado con la misma gravedad, que la señorita Hallory pudiese y debiese darle á Vd. su mano, eso es palpable.

— ¿Qué significan todas esas preguntas y el modo de hacerlas? ¿Qué he dicho que pueda autorizar...?

— ¡Oh! abórrese Vd. el trabajo de disfrazar la verdad, señor Elliott. Hé aquí cartas de su mano que expresan sus sentimientos mucho mejor de lo que pudiera usted hacerlo. Lo sabemos todo.

— Y bien, esas cartas, al menos así lo supongo, son escritas por mí, y se dirigen á la señorita Hallory. Cualquiera que sea la desgraciada posición en que me encuentro, y aunque confieso que no debo aspirar á la mano de esa jóven, he manifestado á María un amor que solo terminará con mi vida.

— ¡Ah! ¿oye Vd.? ¡monstruo, infame!

Y levantándose, se puso á pasear entre la mesa y el jóven con paso rápido y fuera de sí, lanzando una descarga de execraciones y maldiciones que, por ser tan groseras, nos dispensarán nuestros lectores de reproducir. El abogado, inclinándose á su oído, le dirigió con firmeza algunas palabras que le hicieron volver á caer sobre su asiento. Cruzó los brazos, y se hundió en el respaldo murmurando sordas y profundas imprecaciones.

— Ya ve Vd. á qué miseria y á qué dolor se halla condenado mi cliente por su conducta de Vd., mas que atollondrada, pues no sé calificarla de otra manera. Desearia que no fuese tarde ya para orillar sus intentos insensatos. Es de temer, según las expresiones contenidas en las cartas de Vd., que la hija del señor haya escuchado con alguna deferencia las expresiones de un amor presumido, y dado una esperanza que nada justifica; nada absolutamente, ni su edad de Vd., ni su posición, ni su fortuna, ni su porvenir, ni su educación, ni su cuna.

— Suprimid esas dos últimas palabras, dijo con energía Elliott.

— ¡Ah... tú! gritó el padre, que no pudo entonces contenerse. ¡Tú, mi asalariado; tú, mi dependiente, mi criado, mi mendigo!

Elliott calló. El abogado, algo incomodado con la sangre fría y la calma casi insultante del jóven, prosiguió con alguna mas aspereza.

— No disputemos sobre palabras. El negocio que nos ocupa es muy grave para admitir este género de altercado. La razón y el honor le vedan á Vd., caballero, llevar á cabo una empresa vituperable, injusta, loca, ridícula bajo todos aspectos, é imposible de terminar. De todos modos, M. Hallory está resuelto á que el asunto no pase mas adelante.

— ¡Ciertamente, ciertamente! estoy determinado, ¡lo juro á Dios!

M. Hallory devoraba al jóven con la vista. M. Jeffrey contemplaba con pasmo la sosegada firmeza de que se armaba.

— ¡Y bien! dijo este último; ¡habla Vd.! ¿Qué quiere usted que haga?

— Renuncie Vd. inmediata y absolutamente á toda especie de pretensiones. Devuelva Vd. á la señorita María las cartas que le ha escrito á Vd.; prometa Vd. que cesará toda correspondencia, y que no tendrá la menor relación con ella. Bajo estas condiciones le ofrecemos á usted una plaza en el extranjero, excelente, asegurada, y mas de quinientas libras esterlinas de renta sobre el Estado.

— Es verdad, repuso el padre; lo prometo.

Y se barajaba algo de suplicante á su ira intensa.

Mas como Elliott no se movía ni despejaba los labios, el abogado presentó á sus ojos con mucha mas destreza

la situación precaria en que se encontraría miss Hallory, dado el caso de que se casase con Eugenio : la insuficiencia de sus recursos personales, que no se elevaban á mas de seiscientos libras esterlinas en todo; la espantosa perspectiva de miseria que se presentaba á entrambos, en castigo de la ingratitud de la niña y de la audacia del jóven, la ruina cierta en fin de los dos.

Elliott, despues de una de aquellas aspiraciones profundas que parecen destinadas á reparar las fuerzas vitales, y á dar al hombre todo el brio de que es capaz, tomó la palabra con aire triste y resuelto, y M. Hallory se inclinó hácia él, con el pescuezo tendido como para coger al paso todas las palabras que iban á salir de sus labios.

— Poco tengo que responder, dijo, á las imputaciones que me hacen Vds... De cualquiera modo que puedan ustedes interpretar mi carácter y tiznar mi conducta; sea cual fuere el desfavor que estas circunstancias me hacen, nunca sin embargo he abrigado en mi pecho un pensamiento que pudiese deshonrarle. Soy vuestro dependiente, es cierto; estoy á vuestro sueldo, es cierto tambien. Mi padre ha sido desgraciado, es muy cierto, ¡demasiado cierto!...

Detúvose algunos momentos, durante los cuales corrían las gotas de sudor de la frente de M. Hallory, y las lágrimas de los ojos de Elliott, el cual, despues de haber cobrado aliento, prosiguió de esta suerte :

— ¡Poco importa!... merezco esas reprensiones amargas, reprensiones que no han escaseado Vds.: yo he combatido largo tiempo, bien que en vano, la pasión que me embargaba. Constatábase á Maria mi pobreza; sabia lo que era, y ha podido observarme con atención. Sin embargo, ella se ha interesado por mí, imprudentemente quizás, pero con heroísmo. Yo he participado de sus sentimientos. He hecho mal, soy culpable; lo sé, lo conozco. Acúsenme, injúrienme Vds.; me someto á todo. Me someto tambien á que retire de mi su cariño; mas si ella me juzga digno de su amor (y aquí brillaron sus ojos con un fuego inexplicable), no soy tan cobarde, ni tan vil, que sacrifique este amor á un interés cualquiera, y no faltaré á la palabra que le he dado.

— ¿Ve Vd., ve Vd.? gritó el padre.

Esta exclamación fué seguida de un paroxismo de ira, y durante diez minutos resonaron sobre la cabeza del jóven las mas espantosas imprecaciones.

El anciano jadeando, incapaz de pronunciar lo que le dictaba la rabia, se detenía de segundo en segundo para cobrar aliento, amontonando en sus frases truncadas todos los epítetos y todas las imágenes espantosas, todas las maldiciones que encierra el diccionario de la venganza.

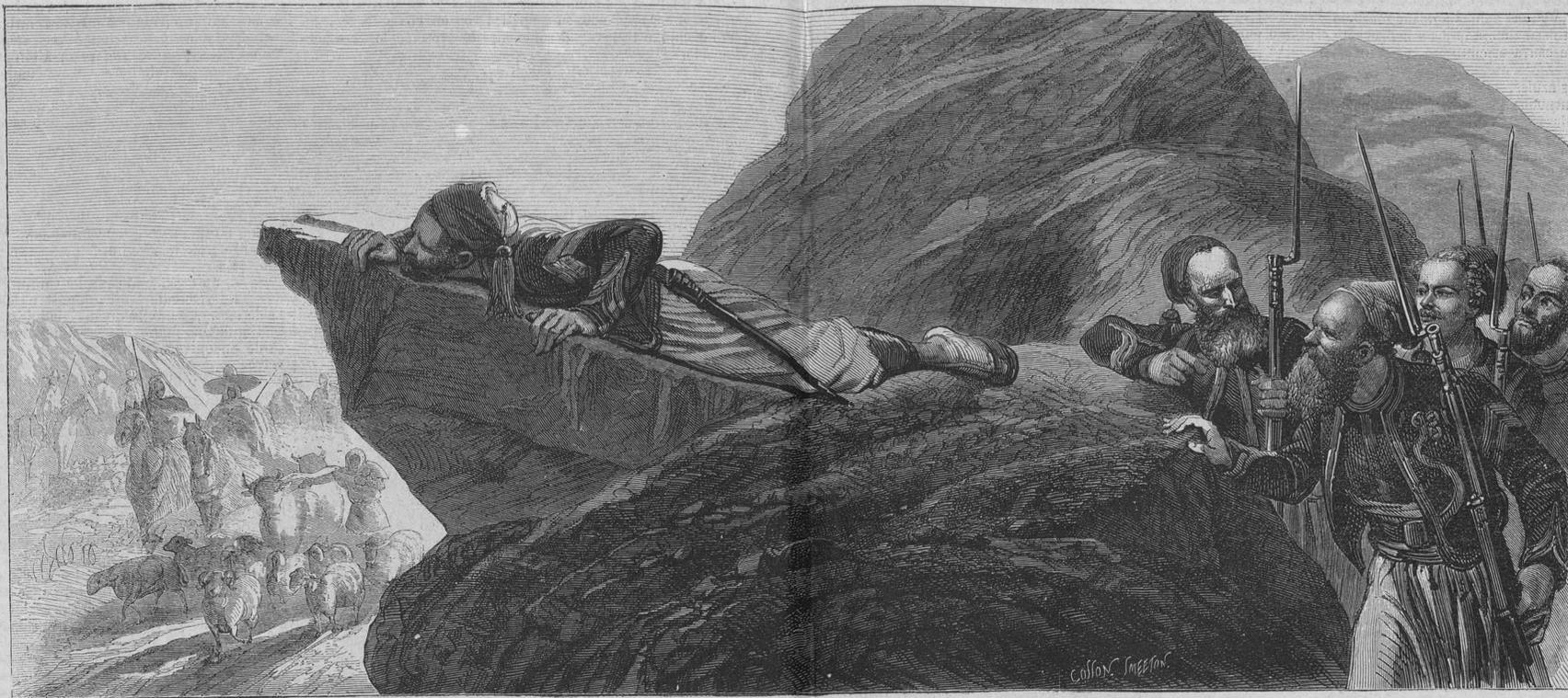
— ¡Ah! exclamó en fin, ¡miserable!... ¡infame!... ¡galantear... galantear á mi hija!... ¡casarse con ella!... ¡matarla!... ¡robarla!... ¡él!... ¡que lo pruebe! ¡que lo pruebe!... ¡veremos! ¡oh! ¡robar á un anciano; robarle!... Burlaos de mí: mi abogado va á redactar mi testamento, mis últimas voluntades... y si tú me robas mi hija, si me la arrebatas, ireis á morir en un hospital.

¡No le daré nada! ¡no daré nada á vuestros hijos! ni un ochavo recibiréis de mi herencia... ¡ya lo verás, ya lo verás, malvado!

Y echándose á reír con una risa convulsiva, y haciendo sonar con un ruido irónico, que parecia el chasquido de un látigo, los dedos pulgar é indice :

— ¡Vete, vete! gritaba, y si quieres, cástate con ella, te lo aconsejo.

Aterrado el pobre Elliott, salió sin saber á dónde iba, y fué casi derribado por el coche de lord Scamptlett. No le despidieron como se lo prometía, ni perdió su empleo. Pero quince días despues, desapareció de la caja una suma de quince libras esterlinas pertenecientes á la casa de Hallory. Alborotáronse todos los dependientes, cerráronse todas las puertas, y fué llamada la justicia; registráronse todos los escritorios de los dependientes, y se encontraron las quince libras esterlinas en el de Eugenio. Acusado de robo doméstico y de fraude (*embezzlement*), el desgraciado fué conducido ante el magistrado, quien le interrogó y mandó



EXPOSICION ANUAL DE BELLAS-ARTES. — *Los Provedores de cantina*, cuadro por M. Janet-Lange.

en seguida á la cárcel. De allí fué enviado á presidio, donde vivió perdido entre la escoria de la sociedad, y envejeciendo en el oprobio.

**Bellas-Artes.**

EXPOSICION DE 1867 EN EL PALACIO DE LOS CAMPOS ELÍSEOS.

Dícese que en este año de concurso universal, el jurado de admision ha sido muy severo para aceptar las obras que debían figurar en la Exposicion anual de Bellas-Artes, y así es que la primera impresion que

produce la vista de las que han sido aprobadas, es satisfactoria. Si es cierto que no brilla el genio en los mil quinientos cuadros y las cuatrocientas estatuas que nos ofrece esta exposicion, en cambio el talento se nota por todas partes.

La estética encuentra escasa materia de disertacion en este conjunto de cuadros mas bonitos que serios, y los que quieran profundizar la filosofía del arte actual se arriesgan á perder el tiempo. Efectivamente, en la pintura contemporánea reina una indiferencia completa : cada cual trabaja á su gusto, los jóvenes huyendo de los mayores, y obstinándose en prescindir de maestros; nada mas indisciplinado que los pintores del día. ¡Qué diferencia con aquellas falanges tan bien ordenadas de David y de los clásicos! Los géneros se han mezclado y confundido; el pintor de historia, sin temor de mancharse el coturno, anda sobre el césped y entre los matorrales del paisista; el cuadro anecdótico toma las proporciones de las Bodas de Caná, y en cambio hay batallas microscópicas. Así es que no trataremos nosotros de establecer aquí ninguna clasificacion, y nos limitaremos lisa y llanamente á señalar las obras reproducidas en nuestros dibujos.

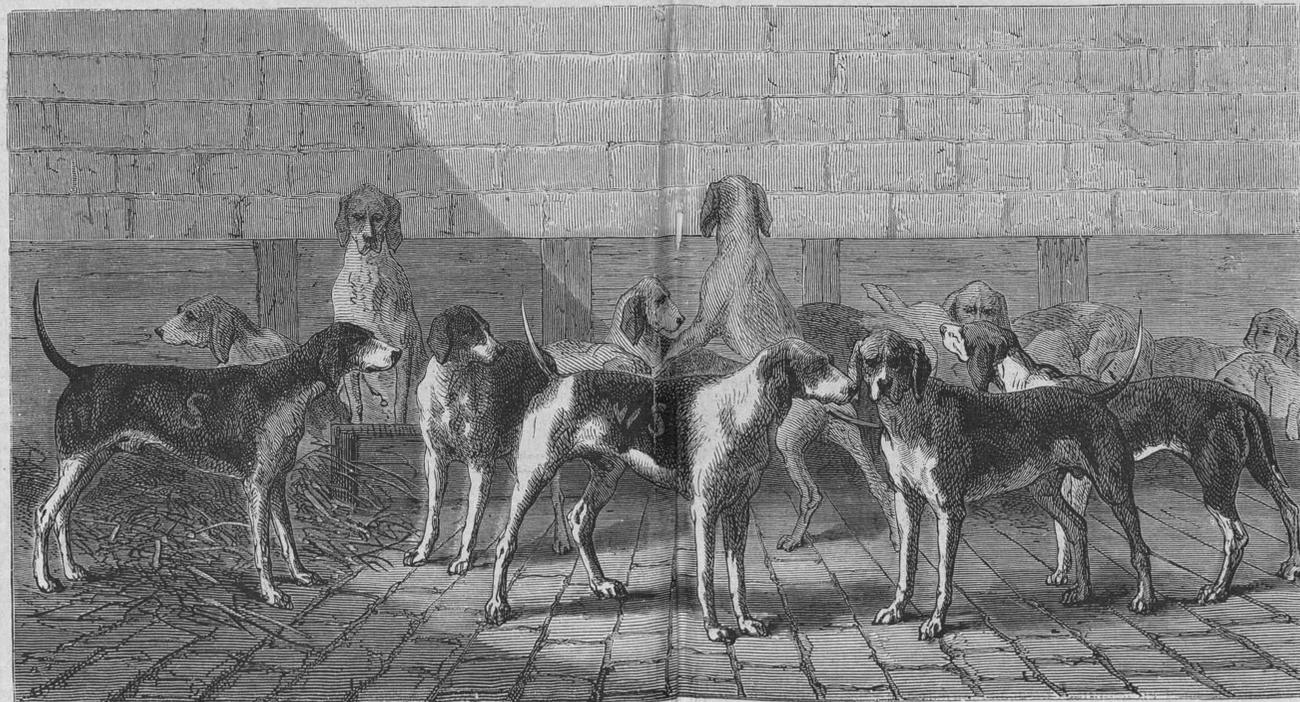
Principiaremos por M. JANET LANGE, que nos cuenta muy ingeniosamente en los *Provedores de la cantina*, un episodio de las guerras de Africa. Un rebaño de carneros va trotando entre el polvo de plata del camino y el polvo de oro del sol, guiado por un mozo árabe que cabalga patriarcalmente al abrigo de un vasto sombrero de paja; el rebaño llega á un sitio en donde el camino se estrecha y está dominado por peñascos que sobresalen en forma de cornisa : allí le aguarda el enemigo en la persona de un zuavo veterano, que se ha tendido sobre una roca como un gato montés que se dispone á saltar sobre su presa. Es seguro que este zuavo no errará el golpe, pues se conoce que es diestro en el merodeo : gracias á él, las bogueras chisporrotearán alegremente por la noche en el bivac con la grasa de los sacrificios. Nuestro dibujo da una idea exactísima del cuadro de M. Janet Lange.

Sembremos esta revista con algunas flores : este género de pintura, que no todo el mundo sabe apreciar en su justo valor, está notablemente representado en la Exposicion de Bellas-Artes. Madama Escalier y MM. Robie y Maisial han expuesto floreros perfectamente pintados, pero que desgraciadamente escapan al análisis, pues no es fácil describir una mata de madreselva ó un ramillete de margaritas; el asunto no tiene nada de patético, ni tampoco se presta á la anecdota. Por fortuna el dibujante ha acudido en nuestro socorro, y nuestros lectores podrán conocer por el grabado adjunto un lindísimo cuadro de M. REGNIER, titulado el *Ave Maria*.

Antes de bajar á la galeria de la escultura, por la que daremos una vuelta cada vez que visitemos la Exposicion de cuadros, echaremos una mirada á una honrita composicion de M. GINAIN, que se titula *Perros de caza*, y que contiene una excelente



*Orlando furioso*, estatua por Juan Duseigneur.



*Perros de caza*, cuadro por M. Ginain.



*El Ave Maria*, cuadro por M. Regnier.

coleccion de perros de los aspectos mas variados, como se puede observar en nuestro dibujo.

La escultura no está representada este año, como hemos dicho ya, por ninguna obra extraordinaria; mas sin embargo, hay mucho que ver y aun mucho que alabar en la triple hilera de figuras inmóviles que se distinguen en el piso bajo del Palacio de la Industria.

Debemos nuestra primera visita al *Orlando furioso* de Juan Duseigneur, muerto recientemente, obra poderosa y osada de un hombre que supo introducir el romanticismo en la estatuaria, que por cierto es un arte que no se doblega al capricho. El *Orlando furioso* es de 1831, y el gran efecto que produce en 1867 prueba que no es una obra de moda, sino una obra llena de fuerza y de ciencia: la musculatura del Orlando es soberbia, sin exageracion de violencia; la expresion de la cabeza es admirable de rabia y de dolor. Es una satisfaccion para todos los hombres de gusto el volver á ver esta obra que excitó tan vivamente las pasiones artísticas cuando su aparicion en 1831.

T. G.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Novedades del mes de mayo. — Vestidos y confecciones. — Telas en boga para el próximo verano. — Fotografías de vestidos á la moda. — Traje de medio-vestir. — Prendido de concierto. — Vestido de muselina de las Indias. — Los trajes de fabricacion inglesa. — Los sombreros á la orden del dia. — Dos modelos que darán á conocer el gusto reinante. — Las joyas y los perfumes. — Descripcion del figurin de este número, que representa dos trajes completos á la última moda.

Ya en el mes de mayo, hemos podido ver las telas y las hechuras de vestidos y confecciones que se disponen para el estío, y vamos á dar á nuestras bellas lectoras noticias inéditas sobre estas novedades que apenas son conocidas aun de las principales modistas parisienses.

Las telas mas en boga para el verano serán pues las *chínés* ó de rayados Pekin para fantasia.

En sederías, los *Pompadour brochés*, los *cameiaux* estampados y los *poult* de seda lisos.

En cuanto á fantasías de lana y de seda, se encuentra una preciosa variedad de sultanas lisas ó de rayado menuado, telas de Sajonia, *mohairs*, sultanas *chínés* y muselinas pelo de cabra.

Con esta última tela se compondrán preciosos vestidos llamados *toilettes parisiennes*, trajes chinos, trajes albaneses ó trajes imperio de 1817.

Entremos pues en la descripcion de los vestidos.

Un precioso traje es de *poult* de seda verde laurel con falda de cola, de un solo patron, con el cuerpo y con dos gruesos pliegues huecos por detrás.

El cuerpo es justo y la manga se compone simplemente de dos bandas de *poult* de seda verde de 15 centímetros de ancho, segun el grueso del brazo.

Las costuras están reemplazadas por una escala de sesgos de tafetan negro.

Esta última queda á descubierto, y por lo tanto forrada de tafetan blanco; la manga interior, de muselina, forma transparente.

El paletó, de la misma tela, está muy sisado sobre las costuras de lado que rematan en puntas *peplum* y están cubiertas de bandas blancas con pequeños sesgos negros perlados y terminados con colgajos de perlas.

En medio de la espalda y por delante, la misma banda blanca, cubierta con una escala de sesgos perlados.

Mangas japonesas formando puntas agudas y abiertas de arriba abajo.

En medio, sobre la punta, se coloca una banda blanca con pequeños sesgos y que remata con colgajos de perlas.

El sombrero para este traje es de forma *plateau*, de paja de arroz, rodeado con un cordón de follaje esmeralda, y frutos de perlas finas.

Cintas de tul, en lo alto de las cuales se continúa el follaje.

Cuello Luis XIII, de antigua guipure y de largas puntas por delante.

Un lindísimo traje de medio vestir se compone de una primera falda azul de tafetan, adornada en el bajo de las costuras con grupos de tres y cinco pliegues-abanicos, de 15 á 20 centímetros de altura, retenidos los unos cerca de los otros por arriba, mediante un roseton de cinta azul y una listita de terciopelo azul.

Segunda falda gris de tela de fantasia lana y seda, formando túnica por detrás y guarnecida en todas las costuras con un sesgo azul de *poult* de seda, sembrado de perlas blancas.

Esta falda forma por delante un delantal-marquesa, y por detrás guarda el mismo contorno, dejando á cada lado una abertura de 40 centímetros de alta. De la cintura parte una ancha cinta azul que viene á anudarse en un grueso lazo de largas puntas, que parece como que levanta los lados de la falda gris.

Cuerpo azul alto, corselete gris compuesto simplemente por detrás y por delante de dos draperías que nacen sobre los hombros y se juntan por detrás y por delante en medio,

dejando un hueco muy hondo. Por detrás este hueco tiene una cinta azul de largas puntas formando lazo.

Por delante la misma cinta forma sencillamente el grueso lazo roseton que cierra el cinturón; en los hombros se ve el mismo lazo.

Mangas justas azules, guarnecidas en la bocamanga con cinco pliegues menudos que figuran un abanico abierto de lado; pequeño lazo de cinta blanca y de terciopelo azul puesto sobre el grupo de pliegues que comienzan cerca de la costura de la sangría del brazo.

Este vestido puede llevarse á voluntad mas ó menos largo.

Para concierto hemos visto un traje de moaré antiguo de verano color de rosa, con falda de larga cola, cortada en basquiña, es decir, sin pliegues en el talle, y de un solo patron con el cuerpo: los lados de la falda están abiertos sobre una altura de 35 á 40 centímetros. Unas barritas de color de rosa, cubiertas con una doble hilera de encaje de Chantilly, sujetan esta abertura, que se encuentra adornada á cada lado con un encaje de Chantilly de 5 centímetros de alto.

Subiendo hasta el talle ó á partir de la abertura de los lados de la falda, se reune pic á pic, y esta reunion se oculta bajo una série de lacitos pompon de cinta cometa ó raso rosa.

Cuerpo alto sin mangas; sobre los hombros un doble encaje Chantilly con lazo pompon en medio que cubre la costura; en torno de las mangas igual encaje formando jockey muy puntiagudo; luego se halla velado el alto de una manga interior casi justa al brazo, de muselina clara, con incrustaciones de rombós de encaje de Valenciennes á lo largo de la costura del codo y de la sangría; entre cada rombo, lazo pompon rosa, guarnecido con un fruncido de encaje negro.

Para formar en punta el jockey, se pone el encaje sobre punta de tul florido ó de moaré rosa, á voluntad.

En el escote de este cuerpo, cuello-gorguera de encaje negro y blanco.

Sombrero fanchon muy ligero, de tul blanco abullonado, guarnecido de florecillas de perlas satinadas, y acompañado detrás por un velito cuadrado de tul de ilusion, orlado y cruzado de entredos de blonda blanca. Cintas-barbas de tul.

En cuanto á la confeccion correspondiente á este traje, era una salida de concierto blanca, de china gris perla formando albornoz, y bordada en gris al rededor de una guirnalda de flores.

Para concluir con los vestidos, diremos que se están haciendo muchos de muselina de las Indias de colores muy delicados. La falda de debajo está guarnecida de sesgos fijado por un ruló de seda del mismo color, en tanto que el *fourreau* que la cubre está redondeado en cada paño, cuyo *remontant* recibe una bonita roseta de cinta del mismo color.

Este traje se completa con un pequeño paletó guarnecido de sesgos coronados con un ruló de seda. La manga está rodeada con un brazal que lleva por adorno una roseta de cinta.

Otros trajes de verano de fabricacion inglesa, se ejecutan de tela nueva trasparente y glaseada. La falda de debajo está guarnecida con un entredos de guipure negra rodeado de una ondulacion formada por una triple hilera de un rizado de cinta muy menudo. La falda de debajo, forma *fourreau*, está cortada á ondas en la orla, y cada costura va disimulada bajo un rizado de cinta. El *remontant* de cada onda está adornado con un lacito de cinta.

El pequeño paletó recibe tambien una guarnicion rizada y lazos volantes que se colocan en los hombros.

Los vestidos negros de *faye* con cuerpo de tafetan de color componen siempre un lindísimo traje.

Por lo que hace á los sombreros se han reducido á ser un adorno de cabeza y no otra cosa. Hé aquí la descripcion de dos sombreros, que darán á conocer cuál es el gusto reinante.

El primero es un sombrero-fanchon de crespon paja con pliegues y blonda blanca perlada, fija por detrás. Esta blonda cae sobre el cuello de modo que figura un capuchon. El punto de union está formado por un collar de perlas blancas. El interior está adornado de semillas encarnadas y negras con follaje diamantino, y las cintas son de tafetan paja.

El otro es de forma china, de paja blanca de fantasia calada y bordada de azabache negro y blanco. Sobre el lado ramillete de rosas con musgo y yerbecillas, y algunas gotas de rocío brillan en los pétalos. Sobre el sombrero se ve un cordón de cinta rosada. El interior es abullonado; una rama de follaje de rosal con algunos capullos pasa sobre la frente. Las cintas son de tafetan rosa.

Con todos estos trajes que acabamos de describir se llevan bonitas joyas de montura artística, así como tampoco se olvidan los delicados perfumes de Guerlain, el afamado perfumista de la calle de la Paix.

Concluiremos, como de costumbre, con la descripcion del figurin que acompaña á este número, y que representa dos trajes á la última moda.

El primero se compone de un vestido de tafetan paja de forma imperio, con el cuerpo bajo y las mangas cortas. Encima se ve un peinador de muselina clara, que tiene el aspecto de una rotonda, con mangas y capucha. El borde inferior está cortado de manera que forma cinco puntas. El adorno, que es muy ligero, se compone en el bajo de un pliegue sobre transparente azul, con orla de pequeños volantes. El medio del peinador está cortado en la espalda

por dos pequeños volantes puestos pic á pic en toda la altura del vestido; algunas pequeñas cocas de cinta azul forman pequeños *mouchets* de distancia en distancia. La manga está guarnecida del mismo modo en su parte exterior. La capucha que ofrece igual adorno, está sostenida por una cinta de tafetan azul en la jareta. Tocado á la Pompadour con cocas de cinta azul.

El segundo traje gris y sesgos grosella, es de doble falda. La primera, enteramente sesgada, está guarnecida con un gran volante cortado con una banda de sesgos perfumados. La segunda falda, que va de una pieza con el cuerpo alto, se detiene á cada lado y se abre igualmente por detrás en toda su altura. Estas dos partes iguales están orladas por sesgos. Cuello y mangas bordados. Sombrero blanco de tul abullonado, con flores y cintas color de grosella. Guante de cabritilla.

M. P.

## Viaje al polo boreal.

FRAGMENTOS.

(Continuacion.)

Ni aun el ambiente está exento de hielo; pues si se miran trasversalmente los rayos del sol, en vez de aquel tamo leve mezclado de polvo que se ve en otros climas, se ven millares de particulas tan lumbrosas como diamantes, que se funden y caen en lluvia cuando el sol calienta, lo que sucede algunas veces.

Los peñascos de aquel pais producen un efecto peregrino, y es que al-asomo de una borrasca, parecen de fuego, por combinarse los rayos del sol con la claridad de la nieve. La cima de las montañas está casi siempre cubierta de nubes, de modo que con dificultad se divisa su cumbre; algunos peñascos parecen formados de una sola piedra desde la base hasta la cima, asemejándose á edificios arruinados; otros se componen de varios trozos enormes, cuya superficie presenta ruinas parecidas á las del mármol, salpicadas de encarnado, blanco y amarillo, y que si se trabajasen y pulimentasen, probablemente competirian en primor con los mas apreciados mármoles.

En la parte de estas rocas que está expuesta al Sur y al Oeste, crecen las yerbas, el musgo y demás plantas indígenas, al paso que en la parte que mira al Norte y al Este, conserva el viento un frio tan intenso, que destruye toda especie de vegetacion; las plantas llegan á su perfeccion en un cortísimo espacio de tiempo.

Hasta mediados de mayo todo el pais aparece supulado debajo del hielo; á mediados de julio, las plantas están en flor, y á fines del mismo mes, ó á principios de agosto, ha madurado la simiente; en esta y todas las demás operaciones de la naturaleza, es fuerza reconocer la disposicion de la Providencia. Pero ¿por qué insisten recorren estas plantas el círculo de su existencia en la tercera parte del tiempo necesario á las de la misma especie en los terrenos cálidos, como si previesen la corta duracion del calor? Ciertamente solo la diestra del Criador ha podido estampar tamaña ley á vegetales privados de sensacion.

La tierra debe su poca feracidad al excremento de las aves que dejan por la primavera en estos lugares, abandonándolos al llegar el invierno para ir á climas mas cálidos. Encontramos una gran porcion de huevos suyos que comian los marineros con gusto, á pesar de tener, como su carne, un sabor de mar muy desagradable.

Las plantas mas comunes de Spitzberg son: la yerba de cucharas y otra parecida; tambien se encuentran algunas siempre-vivas y una planta cuya hoja se asemeja á la de pita, una yerba del mismo género que el mijo del sol, algunas bistortas, el fresal de los bosques que crece en la nieve, y una planta particular del pais que ha recibido el nombre de yerba de roca. La hoja tiene la forma de una lengua humana, es de seis piés de largo y de un amarillo pálido, su tallo recto y pulido es del mismo color que la hoja; se eleva en forma de pirámide y exhala el mismo olor que la yerba de mar. Esta planta, que es del género acuático, llega á mayor ó menor altura segun la profundidad del agua en que crece. La flor principal de este pais es la adormidera blanca. Al llegar á la isla sembré yo diferentes especies de simientes, pero no nació ninguna, á excepcion de una yerbecilla ensalada que tenia poquitas hojas.

A mediados de agosto tuvimos muchas veces nieve que se derretia al caer, y otros dias hizo tal calor que nos recordaba nuestra primavera de Inglaterra; sin embargo, á pesar de ser tan subido aquel temple, que producía la evaporacion del agua, como su parte húmeda se separaba de la sal que se encontraba depositada en los huecos de los peñascos, nunca experimentamos lo que se puede llamar un calor vivificante y agradable, por razon de los vapores frios producidos por las islas de hielo y las montañas de nieve, que se hacen tan insufribles de noche que, despues de un dia abrasador, estábamos muy contentos de podernos envolver en nuestras pieles y experimentar el calor de la estufa. Era algunas veces tan densa la cerrazon, que no alcanzábamos á ver hasta veinte pasos de distancia. Formábanse en las nubes fuegos eléctricos que relampagueaban por lo mas sin truenos, los cuales se asemejan al estruendo

de una enorme bola de hielo que se desprendiese de la cima de un monte. El viento sopla á menudo con suma violencia, arrebatando el agua y la nieve que dispersa en el aire como polvo.

Las heladas empiezan á reinar á fines de setiembre, y entonces adios, corta estacion de estio, que no empieza hasta fines de junio, y no se diferencia en manera alguna de la primavera ó del otoño de Inglaterra.

Desde luego se estanca el agua en la playa con tanta mayor facilidad en cuanto la marea tiene poca profundidad, no elevándose nunca mas arriba de un pié: estableciéndose en seguida de una á otra isla, y de uno á otro punto caminos enlosados de hielo que cierran la embocadura de los rios y la entrada de las bahías, hasta que la superficie del Océano se halla al fin trasformado en un continente grandísimo de hielo.

En el discurso de mis breves correrías (porque era imposible penetrar á una gran distancia) no ví mas que dos reníferos que tuve la dicha de matar, pero no sin peligro, pues poco faltó para que terminase allí mi viaje porque desprendiendo el estrépito del tiro de la falda de una sierra una mole de nieve, á no haberme desviado atropelladamente, me hubiera infaliblemente aplastado. Quedé en paz con la pérdida de la presa que vino á sepultarse debajo de muchas varas de nieve.

El renífero y el zorro forman parte de los habitantes de aquella isla espantosa; este se parece mucho al oso, de que se diferencia solo por el color y la corpulencia. Tiene la cabeza negra y el cuerpo blanco; siendo de la especie de los animales de rapina, es verosímil que en verano hace provisiones para el invierno. Los que nosotros vimos nos parecieron muy gruesos, lo que no les impedia correr con tanta velocidad y cautela que solo pudimos matar uno. Se alimentan probablemente de las varias especies de aves que vienen en gran número á habitar aquellos climas durante el estio.

El apura-nieves es un lindo volátil de aquel país, aunque no abunda mucho. Tiene el color y la forma de la tórtola: pero á los rayos del sol su plumaje parece de un amarillo tan relumbrante como el arco dorado de la cola del pavo real, y aun á veces no se puede fijar en él los ojos sin quedar deslumbrado.

Los animales anfibios parecen haber sido creados para aquellos climas, encontrándose en ellos las terneras ó perros marinos, y los bueyes ó caballos marinos. La ternera marina es un animal muy conocido; pero el caballo marino es peculiar de las altas latitudes, no siendo muy conocida su especie. Solo los marineros hubieran podido comparar este animal con un caballo, puesto que no media entre ellos mas semejanza que entre la ballena y el elefante.

Estábamos á principios de octubre, y se helaba la tinta al lado de la lumbre. Las paredes y pilares de nuestra habitacion se escarchaban, alcanzando hasta á nuestras mantas aquel aljófár.

Todos los licores fuertes se helaron, y el aguardiente y el espíritu de vino tomaron la consistencia del aceite helado, y el aceite, de manteca de cerdo; en términos, que se podía cortar por tajadas como la esperma.

El frio fué siempre en aumento hasta principios de marzo, y era tan violento, que se hendian las piedras estallando con estrépito. Algunas veces se cubria el mar de un vapor tan denso como el humo de un horno, que se llama humo de hielo. No es tan frio como el ambiente puro, y si uno deja la playa para trasladarse en medio de aquella niebla, se experimenta un temple mas suave, bien que la helada encrespa los vestidos y cabellos. Este humo agrieta el cutis, y conforme se va elevando en la atmósfera, se convierte en pequeños témpanos tan afilados, que no cabe recibirlos un rato, sin tener heladas las manos y la nariz.

En el interior de nuestra habitacion era una extrañeza el ver toneles de cerveza demolidos por el frio, y hombres afanados en romper ó aserrar trozos de cerveza helada. La carne estaba empedernida, y aun á veces era encarnada y helada por el centro, despues de haber estado largo rato en el agua hirviendo.

Todos nuestros instrumentos de matemáticas quedaron de tal modo alterados por la condensacion del frio, que nos fué casi imposible hacer uso de ellos, y tuvimos que envolver con pieles los telescopios para evitar que se quebrasen los tubos. Los grandes clavos empleados en la construccion de nuestra morada se angostaron en términos que se podian arrancar sin ahinco. Ningun reló podia andar sin la precaucion de tenerlo al lado del fuego, encerrado en una caja guarnecida de lana y cubierta de una piel.

Entonces era expuesto el tocar metales, vidrio ó porcelana, porque podian dichas materias pegarse á la mano, sin que fuese posible despegarlas sin arrancar la piel. Un vaso de agua echado al aire volvió á caer en copos de nieve.

Nuestros dos gatos (uno de escama de tortuga y otro manchado) padecian tanto del rigor del frio, que se arimaban á la lumbre hasta el punto de asarse, y mucho antes que hubiese llegado el frio á su mayor intensidad, los lindos matices de sus pieles se habian vuelto blancos. La misma trasformacion acaeció en los perros, que se volvieron perfectamente blancos, y estaban de puro débiles casi aletargados.

En el interior de nuestra habitacion solia señalar el termómetro 20 grados bajo cero, y el azogue que expuse al aire en una taza de café se volvió tan duro, que se podía echar al suelo sin que sus partes se separasen. Apenas era suficiente el calor de las estufas y lámparas para mantener la sangre en circulacion, bien que estuviésemos cubiertos de pieles y franelas y no lleváse-

mos encima ropa blanca de ninguna especie. Por la opresion violenta que sentiamos, juzgamos que casi habia de ser imposible respirar al descampado.

Tal es aquel clima en que, á pesar de esto, se ha emprendido formar establecimientos: tan cierto es que la codicia y la ambicion arrostran todo peligro.

Tomadas todas las disposiciones necesarias para precavernos contra los terribles efectos del invierno, que empezaba á encrudecerse mas y mas, nos divertimos en dar caza á las becerras y bueyes marinos y á los osos blancos. Estas últimas fieras se acuadrillaban sobre el hielo que ya no formaba mas que una sola mole.

El oso blanco es un animal cruel y expuesto, á que no se da caza sin algun escarmiento. Habiéndonos puesto en camino por la playa, en número de ocho, con cuatro perros, no tardamos en oír sus aullidos. Favorecidos con una hermosa luna (1), nos pusimos en emboscada detrás de unos anchos hielos que se encrespaban sobre la superficie.

Oímos varios de aquellos animales que se nos acercaban, y nos pusimos alerta. Slapperwack, Saunders y yo íbamos armados con grandes mosquetes, al paso que los demás llevaban picas. Esta última arma es de una necesidad absoluta, porque como la bala no puede penetrar en el pecho del animal, si no se le alcanza, ó está levemente herido, se abalanza furioso á su contrario antes que haya tenido lugar de volver á cargar el arma.

Como uno de ellos se separó de la cuadrilla, dirigiéndose hácia nosotros, Saunders y yo le tiramos á doce pasos. Sintiendo herido el animal, hizo un movimiento precipitado para volverse, y dió un alarido, mezcla del rugido y del aullido, en un tono verdaderamente espantoso que horrorizaba aun mas con el eco de los peñascos.

Apenas pudimos hacernos cargo de la herida, que era profunda, echó á correr en nuestra presencia: y luego, como si hubiese mudado de intento, se lanzó hácia nosotros con la boca abierta y los ojos centellantes de rabia. En el mismo momento se adelantaron los piqueros, y se arrojó con tanta violencia sobre la punta de sus armas, que se clavaron muchos piés en el cuerpo, cayendo los hombres por tierra de resultas del choque. Si no hubiese estado el animal tan gravemente herido, hubiéramos pagado cara nuestra temeridad. Al observar que su desgracia llamaba la atencion de sus compañeros, le dejamos en el suelo, retirándonos á toda prisa de una lucha que era muy desigual, á pesar de la ayuda de nuestras armas.

Preferimos dar caza á la becerra marina que nos podía abastecer de alimento por algun tiempo. Matamos una á poco trecho del buque, y habiéndonos llevado todo cuanto nos fué posible sacar del animal, abandonamos el esqueleto, bien convencidos de que vendrian los osos á alimentarse con los restos de nuestra presa.

En efecto, el olor de la becerra marina habia atraído una hembra con sus cachorros, á quienes vimos comer con voracidad. Estando todos provistos de armas de fuego, hicimos sobre ellos una descarga general, que mató á los dos cachorros é hirió á la madre, pero no mortalmente.

(Se continuará.)

### El hombre antes de la historia.

Con este título, sir John Lubbock, uno de los principales sabios que cuenta la Inglaterra, ha publicado una obra de importancia capital, que abraza todo el período arqueológico anterior á la historia propiamente dicha.

Sir Lubbock admite, como todos los arqueólogos del Norte, la division de la arqueología prehistórica en tres edades, á saber: de piedra, de bronce y de hierro, y contra la opinion de algunos sabios franceses que la rechazan en lo concerniente á la Francia, él la extiende á toda la Europa, y aun añade que probablemente podría aplicarse tambien á las partes contiguas de Asia y Africa. Sobre esta cuestion, que podría dar márgen á una discusion muy prolongada, haremos observar únicamente que si á veces se encuentran en un *tumulus* antiguo ó en otros sitios, mezclados juntos, objetos de distinta naturaleza, piedra, bronce ó hierro, de esto no se podría sacar en conclusion fundadamente nada formal contra la division susodicha.

El sabio inglés no toca para nada á la edad de hierro: la edad de hierro implica la historia, y él se concentra exclusivamente en las edades de piedra y de bronce. Sir Lubbock subdivide la edad de piedra en dos períodos que son: el período arqueolítico, correspondiente al del diluvium, y el período neolítico. Esta subdivision sirve de punto de partida á los mas curiosos y variados estudios, pues al mismo tiempo que describe las armas, instrumentos, herramientas, objetos de aderezo, etc., en una palabra, todos los tipos que caracterizan á la industria humana primitiva y que se designan generalmente en Francia y en Inglaterra con el nombre de *antigüedades célticas*, el autor trata á fondo las diversas cuestiones relativas al problema de la antigüedad del hombre. Siendo la Dinamarca el país de Europa donde la edad de piedra parece haber adquirido su mayor y mas perfecto desarrollo, sir Lubbock le

explora con marcada predileccion; mas luego visita tambien las habitaciones lacustras de la Suiza; recorre la Francia, la Inglaterra y la Irlanda; penetra hasta las regiones de la América del Norte, y por todas partes donde halla un túmulo, una caverna, un fósil humano, verdadero ó supuesto, un depósito cualquiera, emprende sus investigaciones y formula su fallo. Es el cuadro mas accidentado y completo, y al par el mas sabio que nos haya sido presentado hasta ahora acerca de las primeras manifestaciones del hombre sobre la tierra.

En cuanto á la edad de bronce, sir Lubbock no despliega en su estudio menos sagacidad y profundidad; pero aquí, mas que en la edad de piedra, la erudicion sirve de auxiliar á la ciencia. El advenimiento del bronce en Europa está discutido á fondo: ningún sistema queda en el olvido, y entre otros es objeto del mas instructivo exámen el que atribuye á los fenicios la importacion del bronce en Suecia y en Dinamarca. Aquí sobre todo es muy de sentir no tener espacio para hacer la enumeracion; pero en fin, las figuras que acompañan á este texto suplirán la falta. De todos modos, hay un descubrimiento señalado por sir Lubbock, que deseo describir deteniéndome algun tanto. Como yo me encontraba en Dinamarca en la época en que se hizo, como asistí á las operaciones á que dió lugar, y poseo en mi coleccion particular un relicario que contiene todos los elementos propios para dar de él una idea exacta, puedo hablar en el asunto con pleno conocimiento de causa.

Trátase de un guerrero de la edad de bronce, exhumado de un tumulus situado en Hafdrup-Trønhøj, en la Jutlandia, es decir, en el Quersoneso cimbrico de los antiguos, y por lo tanto, probablemente de un guerrero cimbro ó celto-cimbro.

El féretro en donde estaba es un tronco de encina abierto por en medio y hueco interiormente. Por fuera tiene 3m,3 c. de largo, y 68 centímetros de ancho, y por dentro 2m,21 c. sobre 55 y 52 centímetros.

En el momento de abrirle, lo que primero se vió fué una ancha y larga piel velluda que cubria el cadáver de piés á cabeza, y que se supone era de buey. Quitada esta piel, apareció una capa formando numerosos pliegues en torno del cadáver y envolviéndole como con un sudario.

Esta capa ocultaba un segundo vestido, camisa ó falda, abierto por delante, con una larga punta á uno de los lados, y anudado á la altura de las caderas con un cinturón de puntas flotantes y borlas. Componíase este vestido de dos piezas cosidas juntas, de una tela de lana muy tosca, pero enteramente lisa, y de un color menos oscuro que el manto.

Cerca de los hombros habia otra pieza de lana reunida en pliegues desordenados, guarnecida de franjas, de 95 centímetros de largo sobre 1m,20 c. de ancho. Junto á los piés habia otra pieza de igual tela y forma, de 80 centímetros de largo y de 1m,15 c. de ancho. Ambas piezas, pañuelos ó plaids, ofrecen el mismo color que las anteriores.

Finalmente, debajo de los piés, y no lejos de algunos fragmentos de cuero, quizá restos de sandalias, se extendian dos bandas rectangulares, la una de 38 centímetros de larga y de 8 á 20 centímetros de ancha, y la otra de 97 centímetros de larga con 7 á 9 de ancha. Las dos bandas, de la misma tela y color que los otros vestidos, servian probablemente para envolver los piés.

Al nivel de la cabeza habia un gorro de 15 2/3 centímetros de altura con 17 2/3 de diámetro. En una caja de madera colocada á los piés del cadáver, habia otra gorra cónica hecha de una tela de lana tosca y elástica, cosida por un lado y de 48 centímetros de altura, habiendo tambien con ella un peine de hueso y un cuchillito de bronce.

Cerca del flanco izquierdo del guerrero, estaba su espada envainada. Esta espada, de bronce y sin adornos, tiene 70 centímetros de larga, inclusa la guarnicion; la vaina es de madera cuidadosamente cincelada y guarnecida en el interior con una fina piel de animal, cuyos pelos, vueltos hácia la hoja, servian para facilitar el movimiento.

El estado del cadáver presentaba un fenómeno bastante singular. Todas sus partes orgánicas se hallaban resueltas en una especie de pasta grasa y viscosa, de un color casi negro, que llenaba los vestidos de piés á cabeza. Los huesos, salvo algunos restos insignificantes duros todavia, aunque friables, no eran mas que un polvo azulado sumamente menudo; en cuanto á los cabellos, se hallaban intactos debajo de la gorra, y su color era de un negro de ébano.

Este descubrimiento es el mas curioso y completo en su género que se haya hecho hasta ahora, no solo en Dinamarca, sino en Inglaterra y en Escocia, en Irlanda, en Francia y en todas partes donde habitaron los celto-cimbros. Aquí damos, copiados de sir Lubbock, los dibujos de sus principales elementos.

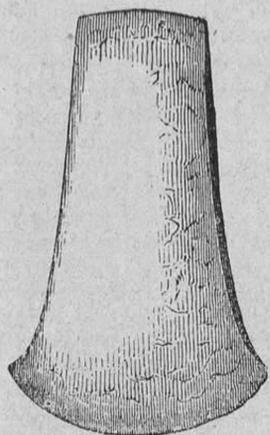
Despues de haber expuesto y estudiado, tanto bajo el punto de vista científico como bajo el punto de vista práctico, las numerosas cuestiones relativas á la arqueología prehistórica, sir Lubbock nos conduce á través de las tribus salvajes esparcidas bajo las diversas latitudes del mundo. Estos pueblos ocupan con efecto, en la gran familia humana, el último escalon; y por lo tanto, su cultura rudimentaria debe ofrecer analogías ciertas con la de los hombres primitivos. Es la edad de piedra del presente; ¿y por qué no se parecería á la edad de piedra del pasado? Este método, trasportado de la geología á la arqueología, es fecundo en resultados, y completa, por comparacion, las bases obtenidas ya por la observacion y la induccion.

L. D.

(1) En aquella temporada careciamos de día.

EL HOMBRE ANTES DE LA HISTORIA,

ESTUDIADO EN LOS MONUMENTOS Y LOS TRAJES HALLADOS EN LOS DIFERENTES PAISES DE LA EUROPA.



Hacha céltica de cobre de Waterford.



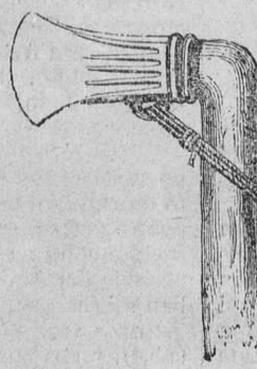
Hacha céltica de Irlanda.



Hacha céltica hueca de Irlanda.



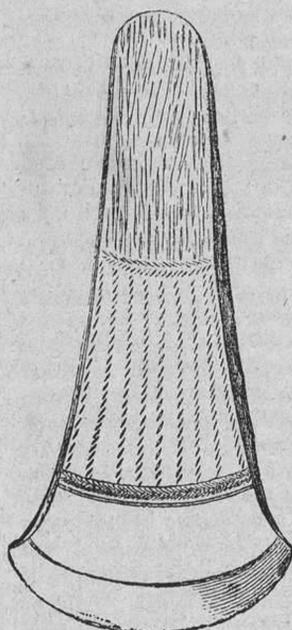
Tipos de hachas célticas y modo probable de fijarlas al mango.



Hacha céltica de cobre de Irlanda.



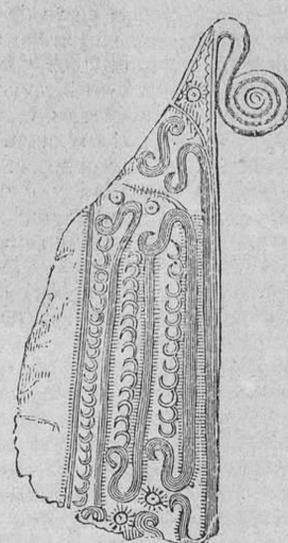
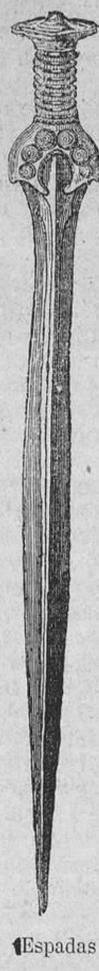
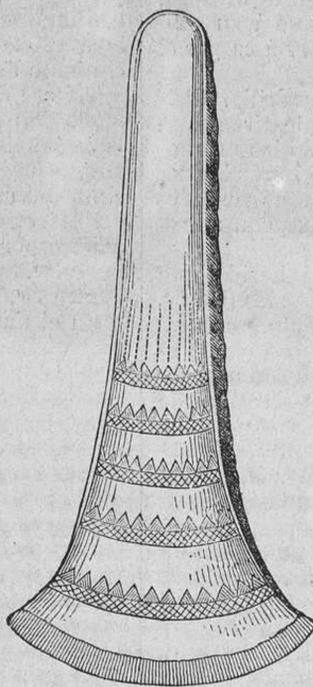
Molde de hacha céltica de Irlanda.



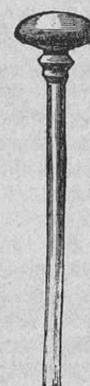
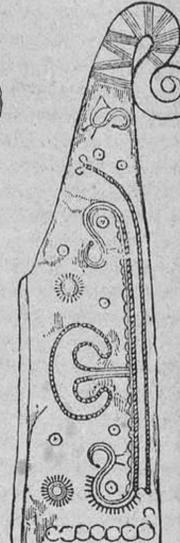
Hacha céltica labrada de Irlanda.



Hachas célticas dinamarquesas.



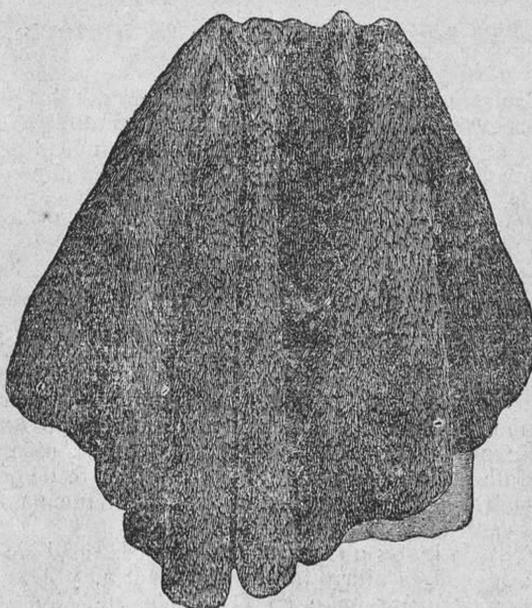
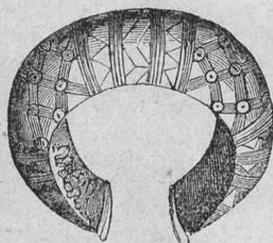
Cuchillos de afeitar de Dinamarca.



Alfileres de bronce para la cabeza (Suiza).



Brazaletes (Suiza).



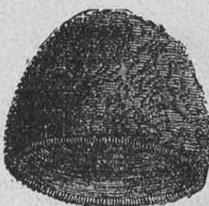
Capa de lana.



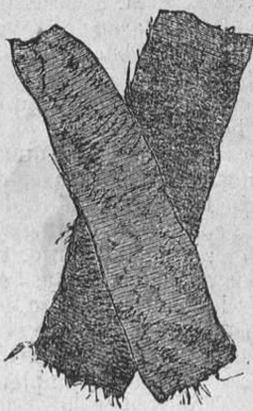
Camisa de lana.



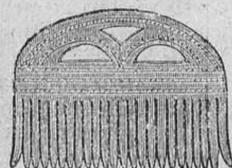
Pañuelo de lana.



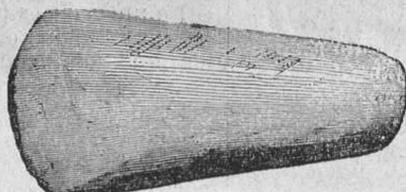
Gorros de lana.



Pedazo de tela de lana.



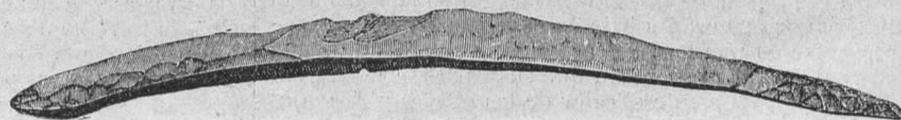
Peine.



Hacha de piedra (Irlanda).



Pedazos de sílex (Dinamarca).



La Auvernia

PINTORESCA.



Costumbres y tipos del Alto Loira. — Labradora dando limosna.

la reforma general. Sin embargo, el artista que quiera tomarse el trabajo de buscar, encontrará aun en algunas localidades cierta gracia en la vestidura que no es de desdeñar. No hablamos del traje de los hombres, sino del de las mujeres, que ofrece cierta coquetería. Todo el que ha visto á las mujeres del Puy ó de Brioude *vestidas de pastora*, como dicen en el pais, esto es, con su basquiña redonda, de anchos pliegues, cuerpo de tela enlazado por delante y guarnecido de fuertes ballenas que comprimen el talle, mangas cortas con vueltas de terciopelo, y en la cabeza una gorra guarnecida de blondas y coronada con sombrero de fieltro negro (*tsapelou*), no habrá podido menos de observar la gracia de esas mujeres de ojos azules, de cutis encendido y aire melancólico.

Por lo demás, no se debe buscar entre los habitantes del Velay una fisonomía propia. Sus caracteres son distintos, conforme al sitio que habitan en los valles ó en las montañas, ó en tal ó cual vertiente de la montaña. El aldeano del distrito de Brioude es relativamente mas civilizado, y por lo tanto, de un trato mucho mas accesible. En los cantones meridionales, tiene formas

Siempre me ha disgustado á mi ver que los artistas andan corriendo en pos de la naturaleza, creyendo no poder encontrarla sino en lugares inaccesibles, lejos del camino trillado. Quiere sorprender con sus obras, y para esto se imponen viajes largos, cansados y costosos. Esta suprema ambicion les conduce en derechura á considerar las regiones árticas como una tierra de promision, y la Nueva Zembla como las columnas de Hércules del arte. Francamente, estas singularidades mas que al arte, pertenecen al dominio de la linterna mágica.

A vuelta de esto, vemos con placer que la joven escuela de los paisistas de Francia, parece querer renunciar á tales excursiones que no ofrecen ninguna ventaja positiva, y que ha comprendido que sin salir de su pais, tiene un hermoso campo de estudios y bellos modelos. Desde hace algunos años se consagra con marcada predileccion á estudiar la Francia pintoresca, y la Auvernia, en particular, ha sido visitada por los pintores modernos

dominados por el amor al arte. Con efecto, sitios admirables, escenas de un carácter grandioso, dan á esta montañosa comarca un atractivo singular para el artista. Sobre todo el Velay, que es un desmembramiento de la antigua Auvernia, y que forma hoy una parte del departamento del Alto Loira, es objeto de los estudios mas interesantes. Todos los accidentes propios de los pais de montañas, se encuentran allí profusamente diseminados. Valles risueños y de admirable feracidad, forman un bonito contraste cerca de las imponentes masas de los montes. La mayor parte del suelo es de base granítica, ó está formada del producto de deyecciones volcánicas. El Mezenc, el mas vasto y alto monte

de la cordillera que prolonga todo el lado Este del departamento del Alto Loira, domina orgullosamente los otros, el Cantal, el Dôme y el Mont-Doré.

A veces hemos oido quejarse á los artistas de que las variaciones de la moda hayan cambiado el modo de vestirse, quitando así á la pintura el elemento pintoresco de los trajes antiguos. Seguramente es una pérdida, y somos los primeros en reconocer que el traje moderno, con sus formas raquílicas, carece completamente de la gracia y amplitud de los vestidos de otros tiempos. Si se exceptúan algunas partes de la Bretaña, dificilmente se encontrarían hoy trajes particulares conservados en toda su pureza. Bajo este concepto, la Auvernia ha sufrido

rudas, es incansable para el trabajo; en el revés occidental de la Margaride, al contrario, es indolente; y mas lejos se nos muestra activo é industrioso. El montañés del Mezenc, del Megal y de los contrafuertes, tiene un carácter mas declarado: es obstinado, vengativo, y se halla siempre dispuesto á echar mano al cuchillo por los motivos mas fútiles: se parece mucho al corso. Salvo algunas excepciones, esta poblacion no tiene la mayor aptitud para las industrias mecánicas, y así es que por lo general solo suministra hombres de labor. Sin embargo, la fabricacion de cintas ocupa en el Alto Loira á cierto número de brazos; pero la industria mas activa es la de los encajes, propia de los distritos del Puy y de



La buorrée, los dias de fiesta.

Issingaux. Este es el principal trabajo á que se entregan las mujeres sedentarias en las poblaciones aglomeradas. En dos millones de francos anuales se calculan los beneficios de la mano de obra y el provecho de los comerciantes. El salario de las obreras en encajes de seda es de 25 céntimos diarios, y el de las obreras en encajes de hilo, de 35 céntimos. La modicidad de este salario no sorprenderá á nadie, cuando se sepa que en los campos el operario en cintas no gana mas de un franco por día.

Si á esta triste condicion del trabajador en el Velay, añadimos que la agricultura está allí poco floreciente, se podrá sacar en conclusion que el pauperismo domina casi sin correctivo en el Alto Loira. La mendicidad se burla de los reglamentos administrativos, y nada es mas comun que ver á pordioseros válidos pidiendo limosna á la puerta de las cabañas.

Y no obstante, el habitante del Velay es aficionado á los placeres, y continuamente se le ve regocijándose en las fiestas. Un aire de *bouree* (baile local) le rejuvenece: es el mas intrépido é incansable bailarín del mundo civilizado y no civilizado. Todo un día estará bailando sin sentarse. La *bouree* se baila al son de la gaita, del pífano ó del tamboril, y mas ordinariamente al ruido de las patadas de los bailarines. ¿Puede darse un espectáculo mas digno del pincel del artista? L. R.

## Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÆCKER.

(Continuacion.)

— El pecho y los brazos de Nguyolloman son en particular robustos, continuó M. Powell, y esto explica fácilmente que haya podido moverse durante largos años con su solo auxilio. Jamás he visto, en realidad, un pecho mas fuerte y hermoso que el suyo.

— ¡Justo cielo! ¿quién es ese hombre? exclamó de pronto Mac-Donald fijando los ojos en los otros negros y apercibiéndose entre ellos á uno que estaba enteramente desnudo, en pié é inmóvil, á diez pasos de distancia, apoyándose en una larga lanza de madera, como si fuera una estatua de mármol negro. Este salvaje mostraba tener cerca de treinta años, su cuerpo era de un corte perfecto, y la estructura de sus miembros robusta y bien proporcionada: la pequeñez y elegancia de su mano y de su pié eran muy notables, y sus centelleantes ojos parecían dos ascuas que relucían á través de los mechones de su sedosa cabellera, rizada y negra como la pluma del cuervo.

Lo mas notable en este negro era su barba, que no solo caía sobre el pecho, sino que le cubría enteramente el cuello, los hombros y la parte superior de la espalda. Esta barba, espesa como la hiedra que se cria en las paredes, se extendía por encima de las espaldas, envolviéndolas como si fuese un manto de piel. Aunque las barbas de esta naturaleza no sean muy raras entre los negros de Australia, sin embargo, no se encontraría con facilidad otra igual en el país. Estas barbas que cubren enteramente la espalda y los hombros como una espesa vegetación, dan á los que las tienen un aspecto salvaje y pintoresco. Cuando él advirtió la impresión que habia causado, fijó su vista en los dos blancos, los cuales por su parte le miraban atónitos.

— Hé aquí un completo modelo de los negros de Australia, dijo al fin M. Powell, que habia seguido la mirada de su amigo al mismo tiempo que la dirección de su brazo; aquellos dos hombres, uno por su enfermedad y el otro por su perfección, serian para los naturalistas los mejores tipos de las tribus de la Australia. Dos de aquellas mujeres reunidas al grupo hubieran formado un cuadro completo.

— ¡Kakuru! exclamó Mac-Donald, sin contestar á M. Powell y expresándose en el lenguaje de los naturales del país; ¿cómo os encontráis aquí entre los Rufos? ¿Habeis abandonado pues los salvajes pantanos de la bahía de Encounter para hacer las paces con vuestros antiguos enemigos?

— Kakuru ha visto los ojos del hombre blanco y ha oído su voz, contestó el negro, pero su fisonomía le es desconocida; ha cambiado como la luna.

— ¡Cómo es eso, Mac-Donald! exclamó Powell admirado: ¿dónde habeis aprendido la lengua de ese negro? La habláis tan bien como ellos.

— La he aprendido residiendo mucho tiempo entre las pieles negras, y esto, gracias á mi innata facilidad para aprender idiomas, dijo Mac-Donald sonriendo. Además de que la lengua de los aborígenes no es muy difícil, y con un poco de cuidado, se pueden aprender con facilidad multitud de palabras para hacerse comprender. Pero nuestros compatriotas, y siento tener que confesarlo, se cuidan poco de eso, resultando de ahí que los negros, á los que colocamos muy por debajo respecto á inteligencia, casi siempre nos avergüenzan aprendiendo nuestra lengua mucho mejor y mas pronto que nosotros la suya.

— Teneis en verdad mucha razon; pero ¿para qué

necesitamos nosotros aprender su jerigonza? Es mucho mayor el interés que tienen los negros en comprendernos á nosotros, que el que nosotros podamos tener en entender su lengua, y así no es extraño que se tomen ellos un trabajo que no necesitamos; y de todos modos, ellos tienen mucho mas que aprender de nosotros que nosotros de ellos. Pero decidme, ¿conocéis á ese hombre?

— Sí, le encontré una vez en la bahía de Encounter, y hasta creo que le presté algun servicio; sin embargo, al parecer no me reconoce, sin duda porque en aquella época yo no llevaba barba.

Mientras tenia lugar esta conversacion, Kakuru no habia perdido ni un momento de vista al extranjero, ni aun mientras este le habia hablado en su lengua nativa. Los demás negros le miraban tambien asombrados: este era el primer blanco á quien habian oído hablar con tanta facilidad la lengua de una de sus tribus.

— ¡Alumbra (1) pobre *lubra ugarang* damper! dijo de repente una voz muy cerca de los dos blancos.

Estos, al mirar hácia el lado de donde salía la voz, vieron ante sus ojos uno de los seres mas horribles de aquellas tribus. La imaginación no puede idear nada mas monstruoso, ningun tipo de fealdad mas repugnante: esta criatura era una mujer. No se podia calcular á ciencia cierta cuál era su edad; la suciedad y las arrugas desfiguraban su rostro. Nada velaba su desnudez, ni el mas pequeño vestigio de ropa; su enredada cabellera caía por encima de sus huesudas espaldas; sus pitáñosos ojos despedían un fosfórico fulgor, centelleaban de rabia y de odio contra el blanco, y sin embargo, su mirada era suplicante, como si quisiese mover á compasión.

— Aquí teneis otra muestra del aseo australio, dijo Mac-Donald, desviando la vista disgustado de aquella negra vieja. ¿No es cierto que causa horror pensar en el estado de abyección en que puede caer el hombre? ¿Y qué dirían nuestros filósofos y ortodoxos, si tuvieran precisión de clasificar este retrato de la fealdad entre los de los maestros de la creación?

— ¡Vámonos! exclamó de pronto M. Powell, pronto caería enfermo si tuviera ante mi vista por mas tiempo ese horrible ser. Causa pena la creencia de que una criatura humana pueda descender á tal punto de degradación.

— Ya os daré algo, dijo Mac-Donald volviéndose hácia aquella mujer, como para tranquilizarla.

Y dirigiendo todavía la vista sobre el negro barbado, que habia permanecido inmóvil en su sitio, sin disminuir la fijeza de la mirada con que flechaba al joven blanco, emprendió de nuevo con M. Powell el camino de la casa.

Apenas habian andado doce pasos cuando Kakuru, llevando la lanza en la mano derecha, los siguió lentamente con marcada intención. Sus ojos permanecían clavados en la incierta impresión de las pisadas que el joven habia dejado en la arena y en el lodo seco, hasta que llegó al sitio en que los pasos estaban marcados con mas precisión y claridad. Al llegar allí, se detuvo, se inclinó durante algunos minutos para examinar el suelo con mas atención y midió las pisadas con la mano extendiendo los dedos de una manera particular. Luego se levantó de repente, y una sonrisa de triunfo animó sus facciones. Finalmente, se lanzó en seguimiento de los blancos, con quien se reunió en pocos saltos. Mac-Donald, oyendo pasos detrás de sí, se volvió con presteza. Cuando vio á Kakuru, le dijo, con la sonrisa en los labios:

— Y bien, amigo, ¿qué quieres?

— Es Jack, dijo el negro, señalándole con la mano derecha; ¡este es Jack, estoy seguro de ello!

— ¡Y bien, y bien! dijo Mac-Donald, á cuyo rostro asomó un ligero rubor: ¿parece, según eso, que mi barba no te ha impedido reconocerme?

— La barba me impedia reconocerlos, pero los piés me han ayudado á descubrirlos, contestó el negro sonriendo y señalando con el índice la impresión de las pisadas. Cuando Kakuru ha visto eso una vez, lo recuerda siempre.

— ¿Qué dice? preguntó M. Powell con inquietud.

— Me reconoce en la señal que ha dejado mi pié, contestó Mac-Donald. ¿Quién creía que eso fuera posible!

— ¡Ciertamente! añadió M. Powell, los negros tienen una perspicacia admirable; reconocen mas pronto á un hombre por su pisada que por la fisonomía. Sus continuas guerras les hacen absolutamente indispensable este estudio: es necesario, cuando perciben una huella, que sepan distinguir las de sus amigos y las de los enemigos. Pero se diría que tiene deseos de hablarlos.

— Pronto nos volveremos á ver, Kakuru, dijo Mac-Donald al negro, sin contestar á la observación de M. Powell, y continuó su marcha sin fijar mas la atención en el negro.

Interin pasaba esto, reinaba la confusión en el campamento de los negros Rufos; las mujeres hacían acopio de leña, como si quisieran prepararse á rechazar los ataques de una tribu hostil, mientras los hombres, echados en tierra, aguardaban lo que iba á ocurrir. Los carneros prometidos debían llegar, y llegaron en efecto, pero no de una manera tan agradable como esperaban.

(1) En lenguaje corrompido, empleado para comprenderse los blancos y los negros, *alumbra* significa *ver*. *Lubra* es la palabra australia que quiere decir *mujer*; *ugarang* significa *pequeña*; *butseri*, *bueno*; *saco* de *harina*, blanco saltar, *acudir*, *presentarse*, *sentarse*, *estar en alguna parte*; *yamsavay*, *marcharse*, etc.

ban los aborígenes. Apenas habia transcurrido media hora, cuando M. Bale, el administrador de la colonia del Murray, llegó á caballo dirigiéndose al campamento, y en una detestable jerigonza mezcla de inglés y australio, lenguaje que no tenia la mas mínima semejanza ni afinidad con ningun idioma de la tierra, reclamó el auxilio de media docena de hombres para ir con él á la casa, y recibir allí los regalos destinados á los Rufos. Algunos de los negros estaban al parecer dispuestos á enviar á las mujeres, por considerar que aquella ocupación rebajaba su dignidad, pero Nguyolloman dirimió la cuestión y puso un término á la general ansiedad.

Tenia hambre, y temia que las mujeres permaneciesen demasiado tiempo ausentes. Ordenó pues que tres jóvenes y cuatro mujeres cumplieran los deseos de M. Bale yendo en busca de las provisiones y regresaran con ellas en el mas breve plazo posible.

Todo se hizo con la mayor prontitud; los jóvenes regresaron al cabo de diez minutos, dando saltos salvajes de triunfo, conduciendo cada uno de ellos un carnero sobre sus hombros. Las mujeres venían un poco mas atrás con los dampers. En pocos minutos, los negros degollaron los carneros, mostrando en esto gran habilidad.

Nguyolloman se apoderó primero de todos los riñones, que colocó cuidadosamente sobre las ascuas, devorándolos con la mitad de un damper, aun antes de que los demás hubieran acabado de despellear y hacer trozos los tres carneros. Este primer refrigerio no le impidió engullir en seguida doble cantidad de comida de la que correspondió á cualquiera de los otros negros.

Nada hay que cause mas admiración que el ver la cantidad de alimento que un negro puede consumir en una sola comida. Entonces se ve fácilmente hincharse el vientre de aquellos glotonos como cuando se llena un saco; pero á decir verdad, los indígenas ayunan luego mucho tiempo, y para mantener en buena disposición su desordenado estómago, ajustan mas la cuerda de cáñamo con que ciñen habitualmente su desnudo cuerpo, formándose así un cinturón que les preserva de los ataques del hambre. La carne y todas las demás provisiones fueron repartidas por los *burkas* ó ancianos en varias porciones destinadas á diferentes grupos clasificados según la edad y el sexo. Ninguna de las naciones de la superficie de la tierra posee, respecto á este particular, leyes tan severas como las tribus negras de la Australia.

Ciertos manjares y partes de los animales ó de los pescados, se reservan exclusivamente para los jefes de la comunidad y están vedados á los demás. Se dan distintas razones para explicar esta extraña costumbre; entre ellos se cree que los infractores de estas leyes envejecen y se debilitan antes de tiempo, y hasta se asegura que pierden la fuerza de sus músculos y de sus nervios, estando expuestos á contraer alguna enfermedad mortal. La senectud es generalmente el límite de la vida, pero no obstante, esta regla tiene sus excepciones. Un hecho característico es que los *burkas*, ó jefes que dictan las leyes, son los únicos á quienes es permitido comer de todo, y naturalmente reservan para sí los mejores bocados. Las leyes son observadas con severidad, y la mayor parte de las veces se recurre, para establecerlas, á las amenazas, que causan grande impresión en los ánimos supersticiosos.

Cuando todo estuvo arreglado, y los manjares dispuestos, aquellos indolentes hijos del desierto australio se entregaron á la alegría y al placer de comer con tanta glotonería como si se les hubiera ofrecido para todos los días otro tanto con que saciar su apetito. Pensaban muy poco en *mañana*, y dejaban á la casualidad el cuidado de proporcionarles cada día semejantes bocados.

Los perros tambien se regalaron; probablemente para ellos despues de mucho tiempo era esta la primera ocasión que se les presentaba para saciarse. Los negros se tendieron luego de espaldas al rededor del fuego; Nguyolloman habia dado ya el ejemplo, y hácia el anoecer no se distinguía en el campamento mas que el perfil de las mujeres, amontonando leña cerca de los gunyos, á fin de mantener encendidas las hogueras durante la noche.

— Todavía tenemos tiempo, dijo despues de comer M. Powell á su amigo Mac-Donald, de dar antes que anochezca un paseito á caballo. Deseo ir hasta el coto donde están mis carneros con objeto de arreglar algunas cosillas; si quereis acompañarme llevaremos tambien los perros y tal vez á nuestro regreso levantaremos algun dingo.

— Acepto con mucho gusto, pero temo que mi caballo estará hoy algo fatigado.

— ¡Oh! teneis razon, es necesario dejarle descansar; en mis caballerizas hay muchos caballos y podeis escoger el que os plazca. Vereis una grande extensión de nuestros bosques, y tambien os enseñaré algunos hermosos rebaños de carneros.

— ¿Cuándo marchamos?

— En seguida. Yo estaba casi seguro de que aceptarais mi proposición, y habia mandado, antes de comer, que dispusieran los caballos; mi criado los tiene por la brida.

Los dos amigos se dirigieron hácia el sitio en que los caballos esperaban tascando el freno y se apresuraron á montar. M. Powell llamó á sus perros con un penetrante silbido, y algunos segundos despues los dos jinetes se lanzaron hácia el bosque, seguidos por la jauría que ladraba y aullaba con toda la fuerza de sus robustos pulmones.

## VI.

## LOS PASTORES DE AUSTRALIA.

El emigrante que desembarca en los Estados Unidos de la América del Norte no tiene frecuentemente otro pensamiento, otra idea que llegar al Far-West por todos los medios posibles de locomoción, sea en ferro-carril, buque de vapor ó bien á caballo, siguiendo siempre la dirección del sol. Cuanto mas se avanza hacia el Oeste, mas parece que se aleja el desierto americano, y este efecto se produce hasta en las inmensas selvas que se extienden mas allá del Mississipi.

Al atravesar el pantano donde no encuentra otras huellas que las del cazador y de las piezas que persigue, el emigrante dice siempre que se dirige hacia el Oeste, porque los osos escasean cada vez mas, y los búfalos diseminados y asustados, pueden ser clasificados entre las curiosidades naturales del desierto.

Lo mismo le sucede al extranjero recién llegado al centro de las selvas de Australia, aun cuando no se vea obligado á recorrer un trayecto demasiado largo para hallar el desierto. Los habitantes de Sidney ó de cualquier otro puerto de mar, dan ordinariamente el nombre de selva á todo el terreno situado mas allá de los confines de su territorio. Pero á medida que se adelanta, el viajero descubre bien pronto que la selva está situada mas adelante en el desierto; y no obstante, en las granjas ó cortijos establecidos en medio de los distritos mas salvajes del interior, los *squatters* no consideran como selva todo el bosque que está circuido de vallados ó que bordea los caminos, ó mejor dicho las sendas formadas por sus carreteras. Mas allá de este límite se ven obligados á confesar que empieza el desierto, y seguramente, aquella triste soledad de arenas y breñas, de plantas espinosas y de arbustos salinos, comprendiendo en ellos todas las monstruosidades de la vegetación de Australia, forman una selva que no tiene igual en el mundo.

Las distancias son inmensas desde las colinas á las llanuras y desde estas á las colinas, sin que se advierta en ellas la mas pequeña estaca, sin que se puedan admirar las sinuosidades de un paisaje risueño y accidentado. Jamás, ó á lo menos muy raras veces, la lluvia cae en aquellos desiertos para humedecer las plantas y la tierra; no se encuentra en el camino un arroyuelo claro y murmurador que salte por un valle ofreciendo al cazador y al viajero fresca agua con que apagar la sed; no se encuentra un camino abierto por donde marchar directamente sin temor de extraviarse. Como las olas del mar, que la palabra del Todopoderoso ha encerrado en límites vastísimos, se esparcen en todas direcciones, lo mismo las arboledas de malleys en una extensión de centenares de millas esparcen por todo el desierto sus polens salados, en los cuales los negros indígenas no se atreven en manera alguna á arriesgarse. Un calor sofocante y un polvo arenisco y acre amenazan cegar al viajero, que no encuentra ni una sola gota de agua para escapar á una muerte lastimosa. Tal vez se podría con el auxilio de camellos penetrar un poco mas adentro del desierto, pero en el estado actual de las cosas sería inútil intentar esta aventura: varios ensayos desgraciados han causado ya la muerte á sinnúmero de personas. Aun admitiendo que existan algunos oasis de salúfera sombra en el interior del desierto, estos jardines agradables serian casi inútiles, aun dado caso que se pudiera llegar á ellos; porque todo induce á creer que el terreno no es propio para la agricultura. El viento cálido que sopla del interior basta para secar toda la vegetación de las plantaciones lejanas, á las que llega su soplo destructor, y todas las mejoras que se intentaran á costa de trabajos y sacrificios no producirían ni un resultado. La falta de agua es otro inconveniente. En las partes montañosas de la Australia, en medio de las colinas Azules y hasta en el centro de las tierras mejor plantadas de árboles, el agua es muy rara, y la que se obtiene de los pozos abiertos por la mano del hombre siempre contiene parte de sal. ¿Existe algún terreno que se pueda abrigar la esperanza de mejorarlo en medio de aquellos desiertos de arena y sal, ó donde se encuentre aunque no sea mas que un arroyo cuyo lecho indicaría la presencia de un manantial que hubiera en otro tiempo regado aquellas soledades antes de unirse al mar? Nadie puede decirlo.

Los colonos de la Australia establecen pues sus granjas en el centro de las selvas de malleys, teniendo siempre cuidado de permanecer inmediatos á las riberas del Murray, á fin de no verse expuestos jamás á la carencia del agua. Sus rebaños se aventuran á penetrar en medio de la arboleda en busca de la yerba que crece entre los malleys, en pequeña cantidad es cierto, pero que es de una calidad sabrosa y agradable. También hay allí avena silvestre, y particularmente el palo salado que se cria en la llanura y cuyas hojas agradan en gran manera á los carneros (1).

(1) El *malley bush* es un arbusto demasiado importante en el desierto de Australia para que no hagamos de él una ligera reseña, porque en medio de las montañas da un carácter muy particular al desierto y al paisaje. Pertenece á la especie de los *Encalypta*, del cual tiene el follaje, la forma y la duración. El *malley* no alcanza á tener jamás las proporciones del gomero gigantesco, que pertenece sin embargo á la misma familia: se queda siempre bajo y crece siem-

La choza del pastor esta construida en la selva, cerca de una pequeña garganta que atraviesa un torrente durante la estación de las lluvias; pero en el momento á que nos referimos el lecho estaba seco, y no se veia mas que un suelo árido y cubierto de una capa arcillosa. La morada estaba construida con mucha sencillez: la habian levantado encima de algunas raices de abetos, y el tejado ó techo, así como tambien las paredes, estaban formados con anchas hojas y corteza de gomero. En esta choza se disfrutaba apenas de mayor comodidad que en el *gumyo* de un negro; pues á decir verdad, la sola diferencia que distinguía una de otro, era que en la cabaña del pastor el hogar estaba colocado en el interior de modo que el humo saliera por una abertura practicada en el techo. En uno de los rincones se veía una cama hecha con pieles de carnero, encima de la cual habia echada una especie de manta formada con pieles de semivulpeja. Los utensilios de cocina consistían en algunos pucheros de cobre y en una cacerola de hierro. Algunos pertrechos y una escopeta, colgados en algunas clavijas de madera clavadas en un poste, indicaban que aquella habitación pertenecía á un blanco.

Delante de la cabaña, á la sombra de un hermoso abeto, que habia sido respetado probablemente con objeto de dar abrigo al pastor, reposaba un hombre. Este personaje, á quien se titulaba el *guardian de la cabaña*, estaba bajo las órdenes del pastor. El deber del *guardian* era vigilar durante la noche por la seguridad de los carneros recogidos dentro de los cañizos, y estaba encargado además de preparar la comida de la mañana y de la tarde, en las que reina generalmente una extremada frugalidad. Este hombre, parecía ser una de las muestras mas horribles de la raza mas degradada entre los blancos de Australia. Sucio y haraposo, llevaba su cabeza cubierta con un sombrero viejo de hojas de palmera, que al parecer le habia servido mas de una vez de almohada, porque estaba tan completamente destruido que le colgaban los girones por encima de la frente. A la simple vista de sus pies y manos se comprendía la escasez que habia de agua en aquellas áridas regiones, adonde la llevaban desde la granja inmediata para el consumo de los hombres, y naturalmente ninguno de los habitantes habia pensado jamás en hacer uso de ella para lavarse. Con la cabeza apoyada en su mano izquierda, el *guardian* de la cabaña leía de una manera bastante extraña, un librito bien encuadernado, que tenia enteramente abierto delante de sí. Al parecer el contenido del libro absorbía su atención y no oyó el ruido que hacían los caballos al acercarse hasta que su perro, echado al sol inmediato á él, tan perezoso como su amo, levantó la cabeza lentamente y dió un ladrido sonoro.

En este momento M. Powell y su compañero llegaron al espacio descubierto delante de la cabaña, y saltando de sus caballos, los ataron á un zarzal.

El *guardian* de la cabaña, reconociendo á su amo, se levantó en seguida, mientras su perro, pobre y horrible animal mestizo, se retiraba debajo de un mallej dando plañideros aullidos, porque habia visto á los enormes y corredores perros de M. Powell, yendo en seguida á refugiarse á los pies del único hombre que creyó dispuesto á protegerle.

— ¡Y bien! Miller, ¿cómo va? exclamó Powell avanzando lentamente hacia aquel hombre. ¿Dónde está Hendriks? ¿dónde están mis carneros?

— Al otro lado de la espesura de los abetos, señor, cerca del pantano seco; Hendriks cree que la yerba es allí mejor.

— Entonces hemos pasado cerca de él sin saberlo y le encontraremos á la vuelta. ¿Ha ocurrido por aquí algo desagradable? ¿Habeis perdido algun carnero?

— No, señor.

— ¿Ni cordero tampoco?

— ¡Oh, si son tan pequeños! Pero, por desgracia, la yerba es muy mala; sería una felicidad que el cielo nos regalara alguna lluvia.

Durante esta conversacion, Mac-Donald se habia acercado al sitio donde descansaba aquel hombre: cogió el libro por pura curiosidad, para saber á qué lectura podia dedicarse un hombre de su clase. Apenas hubo dirigido la vista al libro, cuando exclamó presa de la mayor admiración:

— ¡Este es Homero! ¡Hé ahí una cosa curiosa, el texto original de Homero!

— Pues qué, ¿Miller lee á Homero? ¿Será verdad? contestó M. Powell; ¡no puedo menos de declarar que este es un pastor como ninguno!

pre achaparrado, porque sus ramas salen todas de una misma raíz. Esta con frecuencia se extiende horizontalmente por el suelo, pero tambien frecuente toma una dirección perpendicular. El color de sus ramas es mucho mas vivo que el de las del gomero, porque las hojas son rojizas en su extremidad, su color es mas claro y fresco: se desarrollan por arriba en forma de tejado y su tronco es liso y suave al tacto. Los negros se sirven del mallej para fabricar las astas de sus lanzas. La parte mas notable de esta madera es la raíz: en ciertas especies, y particularmente en las que crecen en sitios mas arenosos y áridos, está tan maravillosamente provista de savia, que los negros hacen mescalas en ella, y despues de haberla cortado, extraen un agua extremadamente clara que conservan en pedazos de corteza de árbol. Ciertas tribus de negros son llamadas Malayas porque viven alejadas de toda corriente de agua y no pueden contar en el verano mas que con esta bebida para apagar la sed.

Viéndose descubierto, Miller sintió cubrirse el rostro de rubor. Este rubor provenia indudablemente de la vergüenza que experimentaba al verse sorprendido leyendo una obra semejante; porque este solo hecho demostraba de una manera bien palpable la degradación en que habia caído.

— ¡El tiempo marcha tan lentamente en la selva! balbuceó procurando ocultar su embarazo; pero apenas hubo pronunciado estas palabras, se mordió los labios como arrepentido de haber querido disculparse. Mac-Donald no pudo menos de examinar con mayor atención al pastor, y bien pronto se apercibió, á pesar de su desaliño y de los andrajos que le cubrían, que aquel miserable ser que estaba en su presencia, habia pasado mejores dias, y que seguramente aquellas manos habian estado habituadas á otra especie de trabajo que á preparar el alimento para los pastores y á arreglar los encañizados para encerrar á los carneros. Miller llevaba todavía en la mano izquierda una sortija de oro, de la cual ni el polvo ni la falta de aseo habian podido empañar el brillo.

Entre tanto M. Powell habia ido á inspeccionar los cañizos, colocados á unos cuatrocientos pasos mas de distancia, para cerciorarse de que estaban en regla. Mac-Donald no podia dejar de examinar el tímido y casi suplicante rostro del hombre que estaba en su presencia. Se imaginaba haber visto ya aquellos ojos grises impregnados de una profunda tristeza; estaba persuadido de que aquella voz no le era desconocida, y sin embargo, no podia fijar sus recuerdos. Su agitada existencia le habia llevado á recorrer todas las selvas de Australia y le habia puesto en contacto con gran número de individuos. ¿Cómo podia él recordar las facciones de todos los que habia encontrado en su camino? Y luego, aquel hombre, á quien veía en pié delante de él, estaba de tal manera embrutecido, á lo menos en apariencia, que era muy posible que Mac-Donald le hubiera encontrado en tiempos mas felices, no pudiendo reconocerle en aquella ocasion.

Conoció sin embargo que su mirada fija importunaba á aquel hombre, que desviaba los ojos con evidente malestar y hasta con un sentimiento de cólera.

— ¿De qué país sois? preguntó Mac-Donald á Miller con amistoso acento.

— De Alemania.

— Ya me lo figuraba... ¿Cuál es vuestro nombre?

— Miller, dijo este vacilando.

— ¿Y de qué parte de Alemania? continuó Mac-Donald en el idioma patrio del pastor, que hablaba con gran facilidad.

— Del Wurtemberg, contestó este en inglés, como si no hubiera oído la frase alemana pronunciada por el extranjero.

— ¿Del Wurtemberg? ¿Pero en vuestro país no seriais pastor?

Una salvaje sonrisa, casi irónica, contrajo las facciones de Miller, que estuvo á punto de contestar enfurecido y con acento iracundo. Sin embargo, cambió de idea, y despues de haber reflexionado algunos cortos momentos, contestó vacilante y con lentitud este monosílabo:

— No.

— Venid, querido amigo, dijo M. Powell acercándose nuevamente á Mac-Donald; no debemos detenernos aquí por mas tiempo. Si queremos arriesgarnos á llegar al pantano desecado, no tenemos un momento que desperdiciar, y yo deseo hablar todavía esta tarde con el pastor. Miller, añadió volviéndose hacia el alemán mientras montaba á caballo, cerca de la granja hay una tribu negra y estoy persuadido de que habrá de seguro otras tambien por estas inmediaciones. ¿No tenéis en vuestra compañía otro perro además de ese horrible animal?

— Hendriks lleva uno consigo que se llama Pallo, contestó Miller.

— ¡Ah! sí, y me acuerdo de que es excelente. Buenas tardes.

Mac-Donald, que estaba ya á caballo, saludó amistosamente al alemán con la cabeza, y los dos jinetes, aflojando la rienda á sus corceles, se dirigieron al trote hacia el interior de la selva.

— ¡Qué hombre tan singular es ese pastor! dijo Mac-Donald al colono cuando el terreno le permitió marchar al lado de su compañero; despreciado como se ve por todos, y en la mas espantosa degradación, ese hombre á pesar de su miseria, lee sin embargo al divino Homero. ¿No deberíamos suponer que el que conserva semejantes gustos debería hacer algo para conservarse en la consideración de sus semejantes?

— Querido Mac-Donald, contestó M. Powell mientras evitaba cuidadosamente los pinchazos de las espinas de que estaban rodeadas las plantas que habia en medio del camino; tal vez no hay ningún país en el mundo que pueda compararse á las selvas de Australia, por los ejemplos de depravación y de trastorno completo que en ellas se advierte, de rango y de posición. Me parece, en verdad, algunas veces que la Providencia ha querido demostrarnos claramente que en Australia, no es solo la naturaleza, sino hasta la misma humanidad quien se complace en los contrastes. En América se ve algo que se asemeja mucho, pero esto no existe de un modo tan completo como en este país, porque allá cierta clase de hombres no descienden al infimo grado de la sociedad humana, no se convierten de esta manera en perezosos guardianes de la choza de un pastor. Esta ocupación es el último refugio de los seres miserables, que en su madre patria, miran la Australia como un país donde basta comprar media docena de carneros para hacerse

rico en pocos años. Todas las clases de la sociedad, todas las profesiones, y hasta todas las elevadas gerarquías de Europa, se ven desgraciadamente representadas en las chozas de nuestras selvas.

— Este modo de vivir debe ser horrible, dijo Mac-Donald suspirando; y sin embargo...

— Después de haber pasado algunos meses de esa manera, muchos de ellos no manifiestan abrigar mayores deseos. Ese alemán, por ejemplo, de quien se dice que tiene en algún punto de Australia una familia desgraciada por su culpa, era en otro tiempo tenedor de libros en una granja, y poco á poco había economizado un centenar de libras esterlinas, con las cuales contaba, decía él, volver á su país. Pero se entregó á la detestable afición de la bebida, y ese desastroso vicio le ha conducido á la miseria. Ha disipado cuanto tenía para descender hasta el embrutecimiento, y finalmente le he admitido como guardian de mis cabañas, mas por compasión que por el servicio que pueda prestarme en realidad. En su ocupación es también demasiado perezoso y negligente y me alegrara verme desembarazado de él. Al principio de su permanencia aquí, no se portaba mal; pero en el día está enteramente perdido, y su desaseo iguala á su pereza. Sus cabellos caen por encima de sus mejillas; su barba crece inculta y sin ninguna clase de cuidado, y en verdad que me costaba trabajo reconocerle á primera vista.

— Pero ¿en qué consiste eso? Porque me han asegurado que los alemanes eran por lo general buenos pastores.

— Eso es muy posible; tal vez son así en su país, cuando se han educado para dedicarse á ese servicio; pero en Australia es diferente, porque aquí no tenemos mas que la escoria de la sociedad de todas las partes del mundo. También es aquí muy raro ver á los alemanes dedicarse á la cria de carneros y demás clases de ganado: no permanecen en los bosques mas que cuando se ven obligados á ello por la necesidad.

De repente, M. Powell tiró de la brida de su caballo, que obedeció á esta indicación: dió una vuelta y volvió hácia un sitio cerca del cual parecía llamar su atención alguna cosa extraordinaria.

— Los negros han venido ahí á ese chaparral, dijo Mac-Donald, que también se había vuelto: ya había observado yo señal de pisadas.

— Esos incorregibles bribones andan errando por estos sitios, dijo M. Powell, y acechan la ocasión de robarme mis carneros.

— ¿Creeis tener que abrigar algún temor, mientras esa tribu esté acampada cerca de la granja? preguntó Mac-Donald.

— ¡Oh! no; pero nada impedirá á los otros negros que me roben si pueden, replicó el colono que examinaba, frunciendo las cejas, las señales de un pie desnudo profundamente impresas en la arena. A buen seguro que la tribu á quien protejo no robará nada, á lo menos mientras tenga cuidado de abastecerla; pero estoy cierto que hay otras en las inmediaciones, y no me causaría la menor sorpresa que mis protegidos acampados cerca de la ribera les hagan saber en qué sitio podrían tener mayores probabilidades de éxito. Pero oigo el retintín de las esquilas de mis carneros, y ahí está el hombre á quien buscaba. En él vereis un verdadero modelo del pastor de Australia; es un penado provisto de un pasaporte ó permiso, que vive muy agradablemente, y que ha realizado al fin el sueño de toda su vida. Hendricks es el verdadero modelo de su profesión.

Desde el sitio en que se habían parado, que era la



La ofrenda de la rueda en la Baja Normandía.

cumbre de una colinita arenosa y muy poco poblada de vegetación, los dos viajeros podían ver, como á unos seiscientos pasos delante de sí, á un hombre que estaba tendido debajo de un abeto. En cuanto oyó el ruido de los caballos que se aproximaban, volvió simplemente la cabeza hácia el lado por donde venían; sin embargo, no hizo ningún movimiento ni aun al ver á su amo. Hendricks estaba ocupado en tocar una especie de biribao lleno de orin, y su perro, hermoso animal de raza, de pelo negro, estaba echado no lejos de él sobre la cima de un montecillo de arena, desde donde podía vigilar cómodamente todo el ganado.

— ¡Y bien! Endricks, dijo M. Powell á su pastor cuando estuvo cerca de él, y después de haberle contemplado algunos instantes sonriendo. No os molestais por nada.

— Es lo mejor que se puede hacer en este mundo, señor, contestó el pastor retirando el instrumento de su boca, secándolo y metiéndolo en una bolsa. El que puede obrar de esta manera es un hombre muy feliz.

— Hendricks, los carros han llegado.

— ¡Ah! diablo, exclamó con mucha vivacidad dando un salto. ¿Hay tabaco?

(Se continuará.)

### Usos y costumbres.

UNA BODA EN LA BAJA NORMANDÍA.

En muchas parroquias del distrito de Domfront,

la novia, siguiendo la antigua costumbre, debe ofrecer á la Virgen, el sábado que sigue á la celebración del casamiento, una rueda que se pone en el altar.

Esta escena, que presencié yo hace algunos años, se ve representada en mi dibujo.

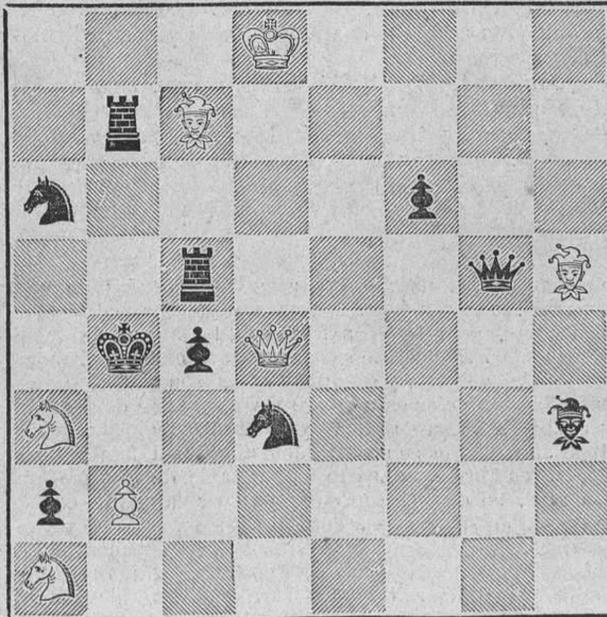
Una joven, cargada con una enorme rueda llena de lino, muy engalanada con cintas y con flores, se dirigía hácia la iglesia de una aldea por donde yo pasaba. Detrás de la esposa iba el esposo, acompañados por algunos parientes y amigos, todos ellos con el traje de gala. Habiendo llegado al frente del altar de la Virgen, el séquito se arrojó piadosamente, solicitando la bendición del cielo sobre el joven matrimonio. Luego la recién casada se levantó, y con el mayor respeto fué á dejar cerca de la imagen de la divina Madre, su rústica ofrenda.

J. L.

### Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 240, POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

(1) Solución del número 239.

- |   |                             |                  |
|---|-----------------------------|------------------|
| 1 | C 3ª CR                     | P toma P (mejor) |
| 2 | T toma PRª                  | C toma T         |
| 3 | P 3ª R                      | Cualquiera       |
| 4 | C toma P ó 2ª R jaque-mate. |                  |

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.